EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA

BATALLA DE FELIPE EN LA CASA DE PALOMAS

EDITORIAL LOSADA S. A.
BUENOS AIRES

BATALLA DE FELIPE EN LA CASA DE PALOMAS

"Si no se pierde todo, no se ha perdido nada".
MIGUEL HERNÁNDEZ.

Felipe no está muerto. No se enseñaría en esa otra vida colmada de palomas. Si el cielo comienza en una ventana blanca, cómo se va a enseñar.

Cómo se va a enseñar Felipe: sus ojos siempre con chispas como si fuera un herrero.

Dicen que ha cruzado los brazos. Que tiene los ojos cerrados. Más cerrados los ojos que los de Natividad y Gerónimo. Que tiene el alma cerrada, eso dicen.

Tengo que ir a ver a Felipe y sé que no lo encontraré en una casa de palomas y de muertos.

Gerónimo —muerto cara de muerto— en una pampa me aguarda. No puedo gritarle desde aquí pero él sabe que no voy a ir. Natividad —pepesonrisas muer-

to —me mira desde la puerta y yo le digo que nadie lo va a ver. Que tome asiento, que pase.

Todos estamos muertos. Desde antes. Estábamos muertos todos. Muertos.

—¿Ves a mi toro? Tú no lo ves pero yo sí lo veo. Tú dices que no lo ves, Felipe, y lo estás viendo. Le conoces su mirada de santo. De santo asomado a una ventana. Sabes su furia.

Te la aprendiste.

Natividad, tú también lo ves. Gerónimo con g, Nicolás, Sebastián, Simón, Alegrealonso, León-lampiño, Ezequiel: cuando todos ustedes se quedan mirándolo me dicen que no lo ven.

—Vamos muchacho, no sueñes tanto. —Eso me dice Felipe—. Léete el Manual de Bayo.

Lo que dice sobre abastecimientos. Ejercítate un poco. Alegrealonso: toca la guitarra. Todos alegres. Nadie recuerde su toro.

Cuando Alegrealonso deja la guitarra y ronca León-lampiño y Felipe está distraído, dejo el Manual de Bayo y comienzo a hablar sobre mi compañera. Aprovecho que está cerca Ezequiel, pestaña alerta, el que no duerme. "Ezequiel", le digo, "Ezequiel, tengo algo que contarte". —"Duerme, muchacho", responde Ezequiel. Yo hago como

que duermo pero comienzo a decir en voz alta las cosas que le dije a mi compañera antes de partir, antes de venir al monte para juntarme con los muchachos.

A mi compañera le he dejado una ventana para que me esté mirando. También un árbol.

Si da tres toques en el árbol, yo los oiré. Está preñada. Te contaré, Ezequiel, lo que le dije.

Sabes que tengo que irme. Cuida al gato. Mis cartas, escóndelas. También ese libro de pasta roja. Y aquel almanaque donde aparecen eclipses. Y que la casa sea siempre blanca. No te olvides de abrir la puerta que está frente al camino.

Me olvido de tu cara pero recordaré tus ojeras. Cuando me haya ido, no te quedes en la ventana. Puedes alzar los ojos con gracia como si estuvieras cantando. Así: como miras trenes y aeroplanos, sin hacer gestos.

Te quiero porque has aprendido a ver las mismas cosas que yo veo. Si quieres que nos miremos, apréndete la mirada de los que cazan pájaros. No todos los que vuelan son pájaros o luceros. Te dejo un mapa de los lugares que no se ven. Nadie va a morir, yo tampoco, pero si muero no te olvides de abrir la ventana. Yo tam-

bién tendré una ventana y te miraré. Borracho y riéndome.

Te van a decir que te advirtieron. Que no supiste escuchar. Que no mires así por la ventana. Tal vez creerán que te preocupas por una fruta, por los maderos, por el olor de los limones. Seguro que no se fijan en tu mirada mirándome.

Habla Felipe:

—Bueno, muchacho, deja esas cosas para otra vez. El mapa, Sebastián. Tú, el trasmisor. El mapa. pronto. Ellos están en este punto. Han quemado esa aldea. Han torturado al compañero Basilio. Están avanzando por la ladera eso dicen los que han venido para avisar.

Felipe habla, todos atentos. Carga Gerónimo con g, Simón revisa los planos con León-lampiño. Alegrealonso enterrando su guitarra, los fuegos se apagan en el campamento.

—Últimas instrucciones: ya saben lo que vamos a hacer. No nos va a fallar esta vez. Todo está bien. Tú, muchacho, te regresas a la ciudad.

—¿A la ciudad?

—Es lo que debes hacer. Es una orden. Los compañeros de allá aguardan noticias. Llévales esto. Diles que la semana próxima estaremos cruzando el río. Que todo saldrá bien.

Saludos para el gato y la paloma.

—¿Para qué he subido, Felipe?

—Es una orden.

—Ya me he despedido del gato y de la paloma. (A mi compañera le dije, le dije...)

—No tenemos tiempo para discutir, muchacho. Diles que manden medicinas. Que todo saldrá bien.

—Piensas que porque sueño. Si tú también estás soñando. Si todos aquí soñamos.

—El guía que ha subido bajará contigo. Ya te tocará. Es importante lo que vas a hacer. ¿Tienen ustedes algún encargo? Alegrealonso, no la entierres. Que el compañero se lleve tu guitarra.

—(Yo le dije. Le decía. Si yo muero. Que abra la ventana. Le dije. Le decía...)

Todos marchando. La luna por pura gracia a oscuras. Los rifles. Silbidos. Disfraz de zorros. Nadie deja huellas. Nadie se ríe. Los rifles.

Están mintiendo. Felipe no se enseñaría en esta casa de palomas. No es cierto que ya esté quieto. No es cierto que esté muerto. No es cierto que se haya quedado mirando las nubes. Por pura gracia no las miraba. Los del campo decían que cuando él miraba las nubes, las movía.

Todos tenían sus ojos. No quieren entregar su revólver ni sus ojos. Dicen que lo han enterrado. Están mintiendo. No hay tumba para Felipe, ellos saben. No hay tumba para Felipe ni

en la candela ni en los montes. Seguro no saben que se disfraza de águila. Seguro no saben que es un zorro. Que se está riendo. Seguro que no lo han oído cuando grita: "¡Deja de soñar, muchacho!".

Voy a regresar porque me aguardan.

No es cierto que Gerónimo tenga cara de muerto. Pepesonrisas no ha muerto. Quiero devolver la guitarra de Alegrealonso. Para que me enseñen cómo se camina arriba con esas botas, cómo crece la lluvia en esas pampas, cómo se ven las bestias y los hombres, desde arriba.

Todos están mintiendo, soñando. Todos estamos soñando, mintiendo. No es cierto que Felipe... No es cierto que me mandara de regreso. ¿A la ciudad? ¿De regreso? No es cierto que yo tuviera miedo. No es cierto. Todo te lo he contado soñando.

MUERTE DE DIMAS

Temíamos que ella nos viera y se animara a llevarnos. Por eso nos cobijamos bajo el algarrobo. Por eso plantamos una cruz de ramas verdes. Por eso estábamos asustados. Porque la muerte tiene una bolsa y en ella carga a los hombres por racimos.

Sabíamos que la muerte vendría para llevarse a Dimas. Así tendría que ser porque cuando ella tocó la puerta, él solo la escuchó, salió a recibirla, la hizo pasar.

Hacía tiempo que no dormíamos en la choza. No queríamos estar allí: fuera a confundirse la muerte. Enviábamos de cuando en cuando a un chiquillo para que nos avisara.

—¿Todavía?

Esperábamos vislumbrar un lejano fuego que estaría encendiéndose y apagándose, que se acercaría hasta que los bueyes y los potros vieran una luz clarísima y malvada como la luz de todos los infiernos.

—Dice que tiene sed. Se ha bebido toda la cacerola.

Estuvimos mirando hacia todos los lados pues íbamos a escuchar el bramido de un viento negro, viento severo y rápido, viento que volaría con mariposas negras, ojos calaveras y gemidos.

Era seguramente invierno u otoño en las ciudades. En el campo tenemos una sola estación y durante ella la Muerte vendría por Dimas.

—Dice que la ve llegar. Que ya está cerca.

—Dice que lo llaman.

—Dice que lo espantan.

¿Cómo sería el alma de Dimas? ¿Como una sábana o como un cirio? ¿Como un ángel verde o como un perro degollado?

Desde el árbol frente a la casa nos preguntábamos por él y ya lo hacíamos muerto y gimiendo en el purgatorio.

—Dice que le manden agua...

Después de irse, Dimas correría entre los arrozales; de noche, espantaría a las bestias; y se echaría a reír, largo, fiero, negro, saltarín y desdentado, mientras cuidábamos el agua.

Se burlaría de nosotros. Nos maldeciría, nos arrojaría piedras, subiría a los árboles para asustarnos y vagaría por los campos como un animal maldito.

Así lo hizo el difunto Renán Fernández para vengarse de sus parientes y sólo con veinte misas y una procesión se logró que su alma descansara.

Nos consultamos para impedir que Dimas se convirtiera en un espanto y decidimos vestirlo de verde y después de rojo y después de oscuro durante los nueve días del duelo. Le pondríamos arroz en la boca para que no tuviera hambre en la otra vida.

Nos pusimos de acuerdo en enterrarlo con los ojos vendados. Si se le daba por regresar, desenterraríamos su cadáver para quemarlo en el prado o para entregarlo a las ratas.

Al cuarto día de esperar la Muerte dejamos a Dimas sin agua pero mandábamos al chico de cuando en cuando para que nos avisase.

—Dice que se quema.

Comenzamos a hablar de cómo sería el infierno y Eufronio contó el caso de un cristiano que había regresado de allí y que metía miedo a cuantos se le acercaban.

—Ya no habla pero se revuelca.

Pasamos siete noches junto al árbol porque no teníamos dónde dormir. Pero Dimas se seguía quejando. A ratos callaba pero volvía a estremecerse.

—Dice que no lo dejen morir. Está llorando.

Nos cansamos de mirar los árboles lejanos y comenzamos a observar los cerros y los horizontes.

Pero el viento, los animales y los árboles estaban tranquilos, y la Muerte no tenía cuándo llegar.

—Dice que le manden agua.

Era el octavo día cuando alguien creyó escuchar algo. No se sabe si en las chacras o en el río. No se sabe si un grito o un galope. Cuando aquél dijo que había oído un grito todos aseguramos que también lo habíamos oído, y sin mirarnos más entramos a la casa con el machete en las manos y las antorchas encendidas.

DE COMO MIRAR PÁJAROS Y DE UNA CASA DE CAMPO

Me apresuro. Creo advertir algo y encuentro a todos esos pájaros que asoman enojados por la ventana, que tiran las puertas, que me detienen a gritos (¡alto!, ¡alto!) y luego me olvidan entre saltos, picoteos y silbidos.

Ahora todos miran al cielo y ninguno querrá explicarme.

—*¡Qué dignidad! ¡Qué miradas altas! La casa es ahora de ellos y no piensan marcharse.*

¿Los que vivieron aquí antes que yo? ¿Los que volvieron?...

Una nube de pesadas calmas los ha traído. Podrían estar en cualquier parte y no se van a ninguna. No tienen nombre, no han traído cóleras o dolores, bondades o infortunios y los suyos son sentimientos no conocidos aún.

—*¿Quiénes son?*

Fueron engendrados por las nubes y no por otros pájaros, y nacieron en época de lluvias. *¿Los que volvieron?* Pueden hacerse blancos o del color del humo. Ellos no morirán nunca, no envejecerán, no volverán a nacer. Sus cuerpos lomizos no provienen de nidos o de pajas tibias.

—*Ahora la casa es de los pájaros. No me pertenece. Nada me pertenece ya: árboles, humo, viento. De los pájaros.*

El que levantó la casa con barro lento, (*abuelo de todos, río abuelo*) sin temores, a pie firme, murió (*cayó*

redondo) murió hace noventa años y sueña borracho junto a un árbol.

A veces golpea los horcones y las paredes y araña los vidrios rotos: todo está completo. Menos la gente. Con la gente se han ido humedad, alcohol, calores y peleas. El que levantó aquí la casa...

—Es un viejo borracho. Lo que sucede en muchas familias.

Los que vivieron aquí también están muertos y no saben de los pájaros y los pájaros se hacen los desentendidos.

—Pero yo acabo de regresar.

Los que vivieron aquí pasean y están siempre haciendo rodar piedras. Esa es su alegría más grande y su mayor congoja.

—Los escucho como algo que viene de lejos y no termina de llegar.

Murieron en otros rumbos. Regresaron muy cansados a la casa (*porque todos los que mueren recogen sus huellas*) y se quedaron aquí y allí recordando cómo antes laboraban y se hundían en los pozos y se alimentaban y engendraban entre risas y acontecimientos.

—Hasta que todos se fueron y llegaron estos pájaros.

¡Ah, de los muertos! Nadie supo jamás de sus maldades o de sus viajes, de su grandeza, de su puñal, de sus amores. Todo lo dejaron en otras tierras *para tan sólo perderse.*

Olvidaron historias por no tener a quién contarlas. Solamente quedó un reloj de oro que pasó a ser el corazón de la casa. Además dejaron medallas, aniversarios, retratos y tristezas.

—Y luego, pájaros...

Antes la casa volaba de aquí hasta allá y de allá hasta aquí como un sombrero y en sus ventanas se llevaba el cielo. Hasta que dejamos el campo y salimos para hacernos dueños de la redonda tierra y de lejanas alegrías.

Yo también salí y dejé mis tesoros en la casa que hoy he perdido. De los demás sólo recuerdo algunas historias.

—La casa que hoy he perdido. Que hoy mismo he perdido. Cuando regresaba. En su ventana, los pájaros. No me miraban. Miraban a lo alto. La tristeza...

Mi casa quedó vacía, fui el último que se empecinó en poblarla. Luego, ya no fue mía.

Antes, era un árbol dulce, la exprimíamos miel en el verano y miraba las cosechas como las campesinas cuando se sientan a reír.

Y luego ya no fue la misma.

El calor que precede a las lluvias se había ausentado para quitarle su mansa humanidad familiar.

Desaparecieron las manos del abuelo que la había edificado resistente a todas las mudanzas y a todas las tristezas.

Desapareció la nube que se suspendía en el corral y aquella que aparecía por las tardes, después del trabajo.

¿Estaría demás decir que el pozo al que asomaban los niños dejó de ser espejo agitado y largo misterio para irse muriendo con la melancolía de los ojos que esconden los ancianos?

—Y luego, los pájaros.

¿Estaría demás decir que yo no guardaba ningún cariño por aquellos intrusos de color y de sombras, de plumas y de antojos?

¿Estaría demás decir que el pajar ha quedado intacto, y que allí he prendido el fuego y que desde allí espero ver a mi vieja casa cómo avanza valientemente?

EL PACTO

—...Y pósate en el espino. Te ruego que abandones tu morada en cualquier parte del mundo en que te encuentres para venir a hablarme. Baja esta noche, ponte tu cara humana y tu poncho que vuela, y pósate en el espino.

Todos han olvidado a Florencio, a sus ralos bigotes y a su nariz respetable, y el sendero que conduce a su casa sólo guarda sus huellas y las de su colorado jumento. Pero todos recuerdan que tiene una botija repleta de tesoros y que ha empeñado su ánima al Demonio.

Un día la gente de Santa Rosa decidió tratar a Florencio como a un extraño; no escuchar su voz pegajosa ni detenerse a mirar su silueta chupada, amarillenta y negra como plátano reseco; no hablarle, no apretar jamás aquellas manos filudas, lentas, y malas.

Eso fue durante el año de la Peste. Y no es que Florencio fuera el causante. No quiero decir eso. Pero sí que se portó como un arrastrado.

Ese año, los becerros nacían azules y las vacas, al concebirlos, se inflaban hasta reventar. Ese año, las chacras se secaban y los pastos eran segados de noche por las almas. Durante las noches claras, la Muerte corría loca por el valle llevándose nuestras terneras, nuestros bueyes, nuestros toros.

Era una Muerte blanca y dejaba cuernos, dientes y calaveras blancas. Nadie podía saber por qué se llevaba

nuestros animales flacos. Todos se preguntaban qué tenía la Muerte contra nosotros.

Todos saben que Florencio no había sido dueño de nada, antes de ese año, y que había vagabundeado a veces por los campos y las chozas pidiendo comida. Todos saben eso.

—¡Ven, Lucifer! ¡Ven, Lucifer!

No era explicable cómo, al secarse las acequias y al convertirse nuestro valle en cementerio, los escasos pastos de Florencio se acrecentaran milagrosamente y su pareja de bestias se convirtiera en recua, con empeño admirable.

El dinero le sobró para adquirir las tierras colindantes: aún así, anduvo con mañas y regateos; y mientras nuestros animales, flacos como espíritus, seguían dejando sus huesos en los campos, su cerca, alta y oscura, impidió la entrada de la Muerte.

Cuando corrió la voz de que Florencio guardaba un secreto para detener la Peste, nos apresuramos a cruzar la cerca y a pasar bajo los tres portones que había colocado a la entrada de su terreno.

—¡Alto allí! —nos gritó—. ¡Alto allí! ¿Qué quieren? ¿A qué vienen?... ¿Su ganado?... ¿La peste?... ¿Y yo qué tengo que ver con ganado ajeno? Cuídenlo mejor que yo sabré cómo cuido al mío... ¡Fuera, carajo... fueeera de aquí...!

Nos fuimos. Angelino Gil juró que los animales de Florencio hablaban con voz de cristiano y que sus ojos despedían destellos.

Entonces, todos comenzaron a imaginar el pacto. El Demonio, posado en el espino, habría dicho:

—¿Qué quieres, Florencio? ¿Por qué turbas mi reposo?

—Te he llamado para pactar contigo. Quiero que me des todos estos campos y animales y que el calor y las aguas me sean propicios.

—No puedo acceder a tu demanda sino a condición de que me vendas tu alma para dentro de veinte años.

—Prometo al Gran Lucifer recompensarlo dentro de veinte años por todas las riquezas que me dé.

—No puedo acceder a tu demanda.

Florencio insistía.

—¿Por qué vuelves a atormentarme? Si me dejas en reposo te daré lo que quieras a condición de que me consagres una moneda los primeros lunes de cada mes y de que no me llames sino un día a la semana: el viernes.

—Recoge tu pacto. Ya lo he firmado.

—Espérame dentro de veinte años.

Y alzó el vuelo.

Eso es lo que todos recuerdan. De Florencio no se habla. Pero todos saben de memoria el diálogo que sostuvo con el Maldito. A muchos vecinos se les ha visto caminar el viernes con un cirio bendito por el cementerio: parece que ninguno ha obtenido resultados.

Nadie estrecha las manos de Florencio. Nadie le habla ni conoce su casa.

Pero un día de éstos se cansarán de no verlo y vendrán a espiar, se deslizarán bajo las trancas y lo encontrarán ensangrentado y mirando la ventana. Dirán entonces que pasaron los veinte años.

Si me ven salir ahora dirán que en esta bolsa me llevo su alma, dirán que salió corriendo un individuo vestido todo de negro, con pezuñas en vez de zapatos, y cuernos en la cabeza. Y que se iba riendo como un loco.

TORO

Con tu collar de rocotos
naces del horno,
toro, toro.

ANTONIO CISNEROS.

Nos lo quitaron con engaños. Un escribano de panza, tirantes, bigote mosca y antiparras nos dijo que así exigía Don Feliciano el pago de la habilitación perdida en la última cosecha.

Preferimos dejarlo ir. Una noche quitamos las trancas. Era mejor así. Que se fuera. Que se llevara nuestro capricho de pobres. Que trotara por los caminos sin derrotero y sin dios.

Cuando la gente del patrón vino por él dijimos que se había escapado, que no sabíamos por donde andaría. Mi mujer se puso a llorar fuerte y sin consuelo como si hubiera perdido un hijo.

Para tranquilizarla y para embaucar a los caporales yo le decía que al patrón nada se le escapa y que otra vez veríamos en estos campos las huellas de nuestro toro, su colita levantada, las vacas en celo y una docena de terneros rodeándolo.

Para nuestros adentros, el Diablo se iba corriendo, cortaba por las malezas, orillaba los pantanos, saltaba arroyos y cercas, ascendía cerros inmensos y como un viento negro, bajaba después a los valles.

No tenía tiempo de acostarse en la yerba. No tenía tiempo de dormir sobre los pastos soleados y tranquilos. Se iba por camino donde nadie lo volvería a ver. Se iba a la región donde sólo vuelan pájaros libres, donde sólo viven bestias salvajes. Se iba por los rumbos donde se

esconden los fieros, donde hacen guardia los bandidos, donde se guarecen los hombres libres y sublevados.

Pedíamos a la Virgen que hiciera invisible al Diablo. Que de negro toro lo trocara en nube relámpago o viento. Que lo juntara con los toros de la manada del Niño. Aquéllos alegran las festividades, hacen bajar la lluvia, causan la preñez de los sembríos y se van por la montaña repartiendo milagros.

Nos hubiéramos contentado con que se metiera al corral de un pobre.

Rogábamos a la Virgen que nadie atrapara al Diablo, que lo dejaran ir.

Cuando llegamos a saber que el Teniente Gobernador lo había apresado nos sentimos hundidos. Porque a las aves, a los hombres valientes y a los animales libres no se los detiene. Porque ellos están en un lugar y en otro al mismo tiempo. Por eso nos pusimos rabiosos.

Hay razón. En estas tierras secas nunca se ha visto un animal como él. Lo trajimos de mi tierra. Es nuestro orgullo. Mi hijo varón tiene su edad.

Diablo es un solemne matrero. En la noche, enamora, roba, burla y encela. Por la mañana vuelve de la aventura con un brote inocentón.

Es holgazán y fiero. Da gusto escuchar su bramido en las noches calmas de la costa, noches sin nube, rayo o tormenta. Su resoplido y sus cascos, su cara de maldito, el estruendo que arma y los lechuguinos que devora hacen que muchos cristianos se santigüen ante él.

Pero no se vaya a creer que es dañino. Es animal noble y de buena raza. Cualquiera lo puede comprobar. Basta con verle su lengua roja como una llamarada, sus cascos fuertes, su piel negrísima y brillante, sus cuernos como del demonio y sus ojos que son siempre una amenaza.

Por eso nos da coraje que lo hayan capturado. Y ahora, estamos aquí, en el campo, cubiertos de sudor y de noche, arropados de yerba, temblorosos y anhelantes.

Allí está él y sospecha que lo espiamos. Mira hacia todos los lados y le pide auxilio al Infierno para vernos. Pero eso no va a ser posible. No queremos que nos vea porque los animales tristes pierden su orgullo.

Hemos estado aquí desde que se acabaron la tarde y el trabajo. Hasta que apareció esta Luna Llena, buena para cicatrizar toda clases de heridas.

Ya nos vamos a ir. Allí están los caporales y el toro junto a un arbusto. Y desde aquí, desde el cerco, tras el alambre de púas, la rabia nos está entrando. No queremos imaginar cómo va a ser la vida del Diablo desde ahora, lamiendo apacible el pasto y olisqueando las estrellitas del cielo. Con un cuchillo rojo le están arrancando su hombría.

MATERIA ANGÉLICA

Desciende esta pequeña sombra desde la cúpula; no es Dios que baja ni el Espíritu Santo; sin embargo, para quienes todo el tiempo parloteamos en la plaza, es un acontecimiento: palmoteamos al susto, comentamos cómo vuela tan directo, nos ponemos a calcular y apostamos cuánto tardará esta golondrina en llegar hasta nosotros.

—Él lo sabría con precisión.

—¿Quién?

—El marinero. Charlie...

—¿Charlie?

—Charlie o Joe... o como tú quieras. Si estuviera aquí, si resucitara.

—¿Por qué si resucitara? ¿Quién te ha dicho que está muerto?

—Si llegara de vuelta...

—Quedamos...

—Sí, comprendo.

—La otra noche, después de tanto pelearnos, quedamos en que Joe no podía regresar. Simplemente porque nunca estuvo entre nosotros.

—Cierto. En eso quedamos. Pero me estoy refiriendo a la época en que estuvo con nosotros.

—¿El marinero?

—¿Tú sabes hacia dónde navegó después?... Digo... después que se marchó, cuando dejamos de oír su flau-

ta, es decir, durante la temporada en que las golondrinas huyeron del puerto, cuando se fueron siguiéndolo.

—¿Lo siguieron las golondrinas?

...Ahora que me lo preguntas, no me lo imagino, y si te lo preguntara, ambos nos quedaríamos sin respuesta; pero hacia algún lugar debe haberse ido, y a estas alturas estará vagando por allí: años que no se asoma, siglos que ni un tintineo de sus baladas deja escapar la vieja sombra de su flauta. Una vieja sombra, así debo llamar al foráneo y así debemos llamarlo todos: recordemos que su llegada a nuestro puerto y su estancia prolongada, su desconocida furia y sus prodigios innombrables, y por fin, su ausencia, su distante ascensión estuvieron acompañadas siempre por sombras, golondrinas pausadas y aturdidas, funestas estrofas y fuegos lentos, la bahía en milagro, sombras de sombra, y la sombra cautiva de un barco que algún día perdido nos trajo al forastero, probablemente vestido de pirata o de apóstol pescador, quizás con un loro sobre el hombro o una radio a transistores, y, muy seguramente, provisto de una brújula cuyo índice de acero señalara como destino último una hilera enloquecida de faros y de océanos o la dulzura radiante de una tumba.

—¡Charlie, Charlie, Charlie!

—¡Joe!

...No intentemos. No intentemos averiguar la noche y el cuarto menguante que acaso presidieron su desembarco; estos datos se pierden y se barajan entre una conversación siniestra acerca de contrabandistas y el resplandor memorable de algún día de lluvia. Vale más hacerse

la idea de que nunca llegó, o esperar el sonido de una noche clarísima en el puerto: la Cruz Verde fosforesciendo; suspendidas en una nube, las penas y el cementerio; y cuando el muelle se estira y las olas se detienen, una boina azul y después un hombre, una flauta y un loro, un maletín y una linterna salen de la marea; el hombre arriba al puerto, alza la flauta, apaga la linterna, se corona de algas y de alegría, se viste de gritos y de preguntas: ¡hola!, ¿hay alguien por estos lugares? ¿no vive nadie en este puerto?; grita: ¡hola, hola! y vuelve a reír y a gritar, en vano, porque todos estamos dormidos a la hora en que llega su recuerdo.

—¿Puedes asegurarlo?

Todo el verano nos pasamos asediando el estallido incansable de una música que haraganea en la playa y dibuja claves de sol, y que se alza, se abre y desciende como un gotear de lluvia y de evocaciones, y que vuelve a alzarse como una flecha estridente, como un nombre repetido, como un combate olvidado, como una cruz oxidada y chirriante, como un sombrero de plumas que volara, como un faro que se hubiese detenido en el instante preciso y fatal. —¿Te refieres a la flauta?— Música lejana y lejanos conciertos de gato y de cristales y un color amarillo de oro que se reparte en las tonadas; y el extraño se quita el sombrero para saludar el saludo de los demás o su indiferencia. Aquella es la hora del Angelus, arrodíllense, arrodíllense, la voz de Padrefrancisco, que escuchamos desde el muelle, declara a todo el puerto que el Ángel del Señor descendió y que anunció a María. El marinero alza la flauta y ya no podemos arrodillarnos, este gringo es el diablo, de dónde habrá salido. Que no se arrodille, no importa, pero es que el sonido de su flauta nos conduce en el Angelus hacia un país lejano y ha-

cia una común historia de ratones; corre la voz: es el diablo, es el diablo; los pescadores declaran que no les importa si es el diablo o no, porque desde que nació ese sonido nunca hemos tenido tan buena pesca, pero es bueno averiguar. Corre la voz. Es bueno averiguar. El diablo ha llegado a nuestro puerto. La voz.

—¡Aaaleluya, aaleluya!...

Cuando mamá sorprende a papá tomado de las manos con la comadre —"qué buenos compadres"— y alza la mano derecha muy abierta, la detiene muy cerca de la cara de la comadre, cerca, sin llegar a tocarla porque ha descendido en paracaídas y acaba de filtrarse en la fiesta ese alto sonido, detiene la mano, retrocede, se santigua, "vamos a casa, vamos, si quieres quedarte, me voy sola". Ese sonido. Otro tanto acontece en el ambiente literario: la discusión entablada entre "La Araña" y "El Moscón" acerca de cuál fue la casa en la que se hospedó el Libertador queda momentáneamente superada por falta de oyentes y porque los comentarios de todo el mundo versan sobre la flauta del marinero. Teresa la Voladora se queda sin canonizar pues ya nadie se ocupa de sus altivos vuelos desde la "Villa de Teresa" hasta la Cruz Verde, y desde la Cruz de nuevo hasta la Villa: ese sonido ha trastornado nuestra existencia.

—¡Aaaleluya!

Recordemos todos. Recordemos nuestros pasos firmes, seguros, marciales, bien meditados, que nos encaminan hacia la parroquia. Padrefrancisco (quien guarda el juicio final en su mirada) escucha en silencio nuestras frentes y nuestra convicción, nuestras manos y nuestra

acusación reiterada: ese gringo es Satanás, y cuando canta en lengua extraña), sepa usted que los peces salen para escuchar; cuando me disponía a tender las redes, sonó la flauta y como que el mar se retirara; regresaba a mi casa y mi casa se perdía; nosotros volvíamos cantando y lo vimos, se nos heló, dirigía la flauta hacia los cielos y era como si hablara con las esferas o con las nubes que se amontonaban, las ordenaba y desordenaba; yo lo he visto muy de cerca: con su flauta ha espantado al buen viento y a Teresa la Voladora; y además de qué vive si se la pasa cantando; yo le diré lo último, Padre, y no sé si ustedes se habrán dado cuenta pero desde que llegó, una bandada de golondrinas nos ha invadido, y esas pequeñas sombras no dejan ni a sol ni a sombra a nuestro puerto.

Padrefrancisco quedó encargado de hacerle la Cruz al Mal; nuestra pesquisa había condenado al marinero y con agua lustral sobre la frente tendría que alejarse. Padrefrancisco, que nos había escuchado en silencio, recibió también el silencioso beneplácito de Juanrequejo, periodista librepensante y director del "Moscón": "yo no digo nada, hay cosas que no se pueden explicar, pero eso no quiere decir que la Razón pueda ser derrotada." "Poderosa espada es la razón", así inició algún editorial memorable que no llegó a concluir.

¿Recuerdas cómo esperamos al sacerdote?... Tardes y noches, y no volvía; cuando Lorenzo se retiró, comentamos en la plaza que lo obligaba la luna dulce de su reciente matrimonio; cuando se fue —estoy cansado muy cansado— el dueño de la tienda grande, muchos sonrieron y comentaron el asunto con señas, tocándose la frente y hablando de toros y de estrellas: varios desaparecieron. Los del bar viejo resistimos hasta alguna madrugada. Fue en vano: la flauta no enmudecía y nuestro venerable encargado no se presentó con la cabeza de Satanás ni con su fuego ni con su tridente ni con su música aniquilada.

—¡Sigamos esperando!

No era el diablo. El domingo, un sonido familiar llegó hasta nosotros desde un lugar más cercano y más alto; la flauta se había aposentado en el templo. Allí estaba él, moraba en el Coro, más arriba de santos y de arcángeles, cerca de la campana...

—Pasemos esto. Nuestros recuerdos se traban allí.

—A ti se te ocurrió que la paloma del espiritusanto iba a salir volando.

—¿A mí?

Por un tiempo, las cosas volvieron a su lugar respectivo, y aunque Teresa la Voladora no volvió a salir, "La Araña" envolvió en su red de intrigas al "Moscón" y alcanzó a probar fehacientemente que el Libertador se había hospedado en la casa que fue después imprenta.

No todas las cosas volvieron a su sitio. Escuchen esto: el marinero entraba y salía de las casas como si todas éstas fueran una sóla: la suya, y nuestras casas se repletaron de misteriosos tiempos y de viejos lugares; aquella música nos envolvió desde entonces y para siempre.

No, yo no digo que el marinero sea diablo; su pacto con Padrefrancisco lo exime del olor de azufre, pero es que mucho hemos cambiado desde su arribo. Es cierto que murciélagos y ratones se ausentaron al conjuro de la flauta. Es real que a veces somos más felices (durante el tiempo que dura este recuerdo). Pero más calurosa es la verdad de que golondrinas nuevas y de negruras más extrañas se dibujan y desdibujan —han nacido del aire— y sus siluetas invaden el puerto. Usted las ve salir del confesionario, y en el bote navega con ellas, y, desde

una ventana de vidrio, lo están picoteando, y si prende la radio hay siempre una que gorjea anunciando tempestades; también puede ver las golondrinas si desde la proa de una carabela, usted recuerda el puerto y la patria; la voz de esas aves como de una conciencia toma por cerco al pueblo y lo retiene. Y, cuando me voy acercando, subrepticio, a mi enemigo, una golondrina anuncia mi llegada inminente, mi enemigo da vuelta, abre los brazos, me saluda, y ya no hay enemigos, ni siquiera vecinos. Las aves navegan atraídas por la flauta del marinero. Aquella música nos junta en una historia común que todavía no acabamos de contar. Es imposible.

—¿No se habrá vestido de ficus para escuchar nuestro recuerdo?

Porque hay algo que no hemos precisado todavía: ¿cómo es el marinero?, ¿cuál es su figura? Más de tres metros dicen algunos que mide (que medía). A mí, en cambio, me parece que todo él habría cabido en una botella de ron, y cuando destapo una, espero y me pongo al acecho, no sea que salga bruscamente la música de una flauta que creíamos lejana. "¿Y mi cara? ¿Has visto mi cara? Tanto tiempo no me recuerdan, no me ven, que ya la voy perdiendo."

—A veces, la veo en una nube. A ojos cerrados, sólo recuerdo aquella mirada famosa de juez y de golondrina.

Ninguno de ustedes me dejará mentir si digo que nadie vio nunca sus manos pero las sintió levantándose para tocar la flauta, volando hasta un pañuelo para despedirse, hundiéndose en el aire para llamar a las golondrinas.

—¿Recuerdas sus prodigios? ¿El milagro que obró?

Tampoco eso recuerdo: no sé si curaba enfermos o devolvía la vista a los ciegos; no puedo asegurar aquello de que la gente conversaba con sus difuntos queridos, al escucharle una tonada.

—¿Tú sabes si se hacía invisible?

—¿Tú sabes si se disfrazaba, o si tomaba la cara de alguno de nosotros, y luego participaba en nuestra charla de obsesión?

—¿Tú sabes si se disfrazó alguna vez de ti, o si, actualmente, muy bien disfrazado, eres él?

—¿Tú sabes si lee por encima de tu hombro, si se halla a tu costado, si te está mirando?

Nos peleamos en la conjetura, y nadie puede jurar que el marinero haya existido jamás, pero no permitamos la entrada de forasteros: este puerto huele a crimen. A cierta sangre famosa huele y a un viejo crimen tal vez cometido en una iglesia durante un claro domingo. No permitamos que se enteren. Que nadie nos vea o pregunte porque, en el interior de nuestras retinas, el muerto y la muerte, sorprendería; y ya de nada vale el agua fresca y salada que ahora no cicatriza heridas, de nada vale esperar la luna llena: en este puerto todo huele a crimen, y es mejor dejar las puertas cerradas, no sea que se filtre un recuerdo o un sueño; pongamos cuidado en los sueños que soñamos: que no nos atrapen dormidos; hay que enterrar cierta llave famosa; y en Semana Santa no esperes el cantar del gallo que anunció la muerte, híncate en tierra, doble pecador, porque has matado al diablo y te has comido la memoria.

Este puerto huele a crimen, a conversación de golondrinas, a camino de cangrejos, a sangre de aguamalas huele este puerto.

Todo eso que dices es falso. Nunca hemos escuchado esa flauta. Si vino, ya se fue. Si no vino, no tiene por qué haberse ido. Si nunca vino, pero estuvo, no nos interesa pensar en él.

A veces, vale más cantar: puede que se pueble el recuerdo mientras se va la roja memoria de la sangre, y

que nuestras manos se eleven como aquel claro domingo que todos hemos soñado y que nuestras manos se vayan levantando como quien espanta una sombra persistente, y que se levanten todas las manos como podrían haberse levantado hasta la altura de la neblina que cubre todo este sueño, y mientras se nos va el vago recuerdo dominical nuestros brazos alzados en coro repitan el recuerdo alzado y el coro de aquella misa de aquel domingo que tratamos de espantar.

Podríamos ir entonando este sueño a la altura del tercer piso sobre el viejo edificio religioso, junto a una ventana hasta donde hemos arrinconado al recuerdo. Con el dedo índice, iríamos diciendo:

"¡Vuela, vístete de golondrina y vuela!"

Si empujamos un recuerdo contra una ventana y una ventana contra el aire:

"¡Vuela!"

Se nos va el recuerdo, el doloroso sueño, la materia angélica, el diablo. El diablo, por un momento, queda arrinconado frente a una ventana, y sus ojos son los ojos de los viejos santos que nos han mirado por un siglo, y su condenación se detiene, y todo él, hecho de yeso y de miedo, nos mira compasivo.

—Se ha transformado en santo.

—Mejor nos quedamos en eso.

—Puede que nos quedemos allí.

—No creas. No le creas.

Y puede también que vayamos avanzando y que el diablo se mueva y que empuje la ventana, y la ventana el viento, y que se aleje por la altura cantando un aullido y que este aullido ilumine para siempre nuestros recuerdos santos, la santa paz de nuestro sueño y que dibuje en el suelo, tres pisos abajo, abajo tres pisos, abajo, abajo. Abajo, una canción colorada que nos está mirando, una canción colorada.

Y también empujamos hacia el aire, para que se lo

lleve, el vestido azul del diablo que quiso engañarnos.

Eso es lo que podemos haber hecho.

Y ahora vienen a preguntarnos.

Y ahora nos preguntamos.

Nos peleamos.

Nuestro coro de manos puede llegar hasta la mancha roja final de la máquina y del sueño.

Pero es posible que en medio de la discusión y casi al final de nuestro canto, sin permitirnos finalizar nuestra conjetura inconsolable, un marinero intervenga:

—¿Y si todavía estuviera con ustedes? ¿Quién dijo que las sombras se ausentan cuando el recuerdo se aleja? ¿Para qué discutir tanto? ¿Quién ha podido continuar la historia, saber lo que sigue desde aquel famoso día domingo, cuando el cielo del templo se colmó de golondrinas y hasta aquella paloma pintada se transformó en golondrina, y vino volando para volar con aquél que viene volando? ¿Quién no se detiene en plena descripción del vuelo, y trata de recordar y no recuerda?

Cierto. Todos nos hemos quedado en eso.

SALVADOR Y LOS CARACOLES

Días de pleamar

Tú te quedabas mirándonos.

Estabas tan blanco y tan inmóvil como las velas de las embarcaciones lejanas.

—¡Hay que salvarlo!

—Ya está lejos...

No sé cómo podías estar lejos y en el mar si yo te veía la cara y sabía cómo me mirabas.

Estabas de pie como los difuntos que pasean sobre las aguas.

Pero te ibas adentrando en el mar con los brazos extendidos.

Y todos te quedaban mirando.

Estabas allí parado como los santos que aparecen en las rocas.

Ellos están siempre así y cuando se les acercan, vuelven a estar en el cielo.

A ratos ya no te veíamos pero siempre estabas allí.

—Muy lejos ya, muy lejos...

—¡Salvador... regresa!

—Salvadoooor...

Nos señalabas sonriente el camino del cielo, de las nubes, de la ciudad que envuelven las aguas.

Dos pescadores forzudos se adentraban para socorrer-

te, avanzaban impetuosos, se detenían entre espumas y vientos.

—¡Salvador... espera!

Ellos iban hacia ti... Tú te retirabas como escapándoles. Ellos regresaban.

La tarde se repletaba de porteños solemnes y alborotados.

Estaban allí —bigotes, dientes de oro, sudor, sombras y manos ansiosamente solemnes y alborotados.

—¡Salvador... espera, espera!...

...En medio del océano existía una ciudad con caracoles, campanas, hombres vivos y muertos, tardes de invierno, aves y peces.

—¿Escuchan?

Las campanas... ¿Quién las hacía sonar con tanta tristeza?

A veces las gaviotas volaban hasta allí y las nubes cruzaban hasta la próxima orilla.

—Pero ¿cómo es? ¿Quién la ha visto?

—A veces, en las noches...

Era una ciudad siempre nueva y en ella los niños también se preguntarían por la nuestra. Seguro estarían mirándonos.

—A veces se escucha que cantan.

Nuestro puerto, en cambio, tenía todas sus casas agrietadas y en ellas residían bigotones de fotografías amarillentas.

A madera antigua y a brisa nueva olían las casas.

Allí se guardaban colecciones de mariposas y "brujos", santos algodonados y niños embusteros.

Pero enfrente ¿qué cantaban? ¿cuáles eran sus barcos, sus banderas? ¿cuáles, sus anclas y sus nubes?

Nos preguntábamos por todo esto y nuestras manos volaban.

...Salvador ¿recuerdas? Tú preguntabas por esa ciudad y recordabas a tu padre. También preguntabas por él.

Callabas cuando partían los botes y querías hacerlos volver y teníamos que hallarte de un montón de cosas.

Cuando los botes partían... Tu padre se fue con ellos hace tiempo. Se fue cantando. Se fue por peñas y altamares. Regresará con algas, peces y riquezas. Siempre te dije eso...

En medio del océano había una ciudad con torres y cordeles de pescadores.

...Nos dijeron varias veces que no siguiéramos mirando. Pero nosotros estábamos mirando los vapores.

Nos poníamos caracoles al oído. Ellos nos contaban sobre la vida y la muerte de pájaros y peces.

Repetían que no miráramos hacia el lugar donde estabas.

—Váyanse niños. Jueguen por otros lados.

—¡Salvador!

Salvador, tú siempre estabas allí. Tú hablabas con los caracoles.

Era un juego.

Repetían...

Otra marea

Este último invierno ha sido ceñudo y feo y mi alma ha estado vagando triste y mala.

Soy malo, Salvador. Así dicen. Soy perverso.

Pero te juro que los botes y las nubes no se han movido.

He regresado al puerto luego de algún tiempo y he salido a mirarte como entonces.

Tú te sigues hundiendo. Te hundes incansablemente.

Te mira la población honorable vestida de negro y de blanco, ataviada con honras fúnebres y con vestidos de fiesta.

Estás allí parado como los santos que aparecen durante el invierno.

Como los santos, sonríes al perverso.

Te hundes, te hundes.

Las señoritas añorantes sonríen. Los caballeros jóvenes coleccionan miradas. Los niños buscan ciudades y edifican murallas para que el océano no se lo vaya a comer todo.

Te hundes. Me miras. Estás blanco y resplandeces. Tienes un vestido de algas fosforescentes. Te miran. La gente espera la llamada de la luna y la del próximo verano.

...Y ya me han dicho que no siga mirando. Que no vas a volver.

Que no regresarás siquiera entre esas nubes aguardadas.

Me pongo caracoles al oído. Repiten que no mire hacia el lugar donde estás.

¡Salvador!

Es un juego, tú lo sabes.

No seas tonto. Vuelve.

No seas tonto y regresa tan sólo este verano para que todos sepan, para que todos sepan. Te lo estoy rogando.

Te lo estoy rogando, Salvador. Es por las buenas.

¡No sabes lo que es un juego!

¡Quisquilloso!

¡Ojos de memo, brazos de tortuga!

Espera. Ya sé que te han enojado.

Pero no creas, Salvador.

No creas lo que están diciendo. No tuve la culpa. No tenías por qué creerme cuando te dije que tu padre estaba en esa ciudad, que allí sembraba algas.

DE LINA, DEL DRAGÓN Y DE LA TERCERA VENTANA

1

Esta es una feria y cuando la gente termine de pasar voy a conocer un dragón.

—Solcorazónilunas.
—Anclasimarineros.

Ahora lo veo. Es verde y tiene ojos amarillos y luego de tragarse los dados los devuelve.

—Juegue aquí la quina.
—Está saliendo el veintinueve.
—¿Cómo dijo?
—Solcorazónilunas.
—Anclasimarineros.

Cuando dos están solos hablan del mar. ¿Has bajado alguna vez a la playa? Si recoges estrellas de mar te enterarás que son unas

manos pequeñas y amarillas y siempre te andan buscando. Cuando estoy pequeño y encerrado siento ganas de contarle a alguien estas cosas.

—¿El once, dijo?

¿Podría tomarte de las manos?

—Con dos palitos.

Te quiero contar: una cabeza verde emerge cuando estoy solo, cuando la gente no sale de sus casas porque es invierno y estoy solo. En esa época, la Cruz Verde se hunde, y aparece el barco que estaba enterrado, para invitar a una travesía a los niños que caminan por la playa.

¿Podría tomarte de las manos?

—¡Juegue su quina!
—¡Quinaaa...!

Siempre ganas. Qué suerte. Vaya suerte. Te has llevado un conejo, un juego de vasos de colores y un gallo que anuncia las horas. Los riferos están enojados. Ese tuerto que canta los números está enojado. ¿Te has dado cuenta cómo te mira?

—El cuarentiuno.
—Y el once con dos palitos.
—Caballitos...
—¡Quinaaa!...

Has vuelto a ganar... Pero te has dado cuenta de que te estoy mirando. Te voy a hablar. Ya sabes. Pero no te vayas. Ya he tomado coraje. Espera un momento. ¿Quién te llama? ¿Quién es esa mujer? ¿Tu madre? ¿Una cebolla? ¿Me vas a decir tu nombre?

—Lina, ven aquí.

Ya conozco tu nombre, Lina y te llamaré así. No sabía cómo llamarte antes. Espera. Espera.

—¡Liiina...! ¡Liiina!
—Ya voy.

Espera, te voy a hablar de... de la playa. Si no quieres, no te hablo. Espera para contarte lo que dijo el maestro tras la segunda ventana. Dijo el maestro (nadie lo conoce), dijo...

Te vas Lina. Quería hablarte. Te vas. ¿Por qué no esperaste a que me atreviera?

—¿Por qué se va, señorita?

Tendré que regresar al cuarto de las tres ventanas.

2

Tres ventanas. Desde una puedo atisbar el lugar del cielo por donde caminan papá, tío Alonso, la Fidencia, los muertos; dos nubes se cuelgan de la segunda ventana. Por la otra, los vecinos están siempre haciendo gracias. Me fastidian.

Mientras estoy encerrado por orden de la tía (tía-tíatía... no salgas de allí ...oh tía almacristiana...), mientras dura mi encierro veo pasar a Ernesto por la ventana de los muertos. Y a Joaquín y a Salvador.

Ellos eran niños como yo (niñoduende): a Ernesto lo encerraron en una habitación; Joaquín se fue volando y se perdió en el cielo; Salvador viajó a buscar una ciudad bajo los

mares (bajolosmarestesorosicalamares)".

Ellos, por la ventana de los muertos. Una voz clara pasa por la ventana de las dos nubes y alza vuelo hacia la playa.

La tercera ventana está prohibida. Oh, si pudiera ver a Lina. Imposible. Sólo veo a mis largos parientes y a mis amigos muertos.

3

Contigo, Lina no podré hablar nunca. Tía almacristiana dice que soy muy callado, duendemudo, duendemudo. Contigo, Lina, no podré hablar nunca.

Por eso vengo a la playa y me escondo en el faro. Todos saben que arriba del faro brillan las estrellas y más arriba aún, lloran las ánimas y se escuchan cantos.

Esos cantos. Tú puedes creer en una cantante loca. Pero imagina, imagina lo que he visto. Ella baja hasta el mar con sus zapatos

verdes y su vestido antiguo, evita las rocas puntiagudas, chapotea y salta como una piedra entre las aguas y resulta ser una tía loca de las sirenas.

Hasta el Purgatorio llegan los cantos.

Eso veía antes, otros días, pero ahora, ¿quién es esa muchacha que corre por la playa? Parece jugar. Se ha resbalado, pero un hombre cojo y verde la sostiene por el brazo... un hombre cojo y verde.

En Semana Santa no puede ocurrir nada malo. Seguro juegan.

Parece que ella grita. ¿Por qué no gritará más fuerte? Yo bajaría a jugar.

Otro hombre de arena está a sus pies... otro hombre de arena. Parece que ella grita para que la oiga todo el mundo, no sabe que el mundo a estas horas está vacío.

¿Estará llamando a los muertos? ¿Habrá divisado el barco de Semana Santa? Está riendo.

Alza un brazo, se hunde en olas mansas, luceros santos, muertos malos.

Yo le diré: No caigas. No te mojes. En Semana Santa nadie debe caer. No se debe cantar. Nadie debe estar bailando. Arriba lloran.

Yo bajaría y la tomaría de un brazo y estaría corriendo siempre con ella.

Huye. Creo que son malos. Huye. Creo que puedes.

Ahora puedo escuchar.

—Detente detentenoseasonsadetente.

Debes huir. Te tomaré de un brazo y te asirás de esta cruz y de este faro.

—Fuerteagárrala... Agárralafuerte.
—Fuertequenosesconda.
—Sinasco.

El mar se va a salir con todas sus almas y las mujeres del mar.

Ven, ven a mí, corre.

—Correquenosescape.

Las ánimas están encerradas y yo aquí y los luceros en una telaraña y ella en una trampa.

—Latengolatengo.
—Yastamansitalatengo.

4

...cuando regreso a mi encierro advierto que la ventana de los muertos ha sido tapiada y que la de las nubes no existe más.

Miro por la tercera ventana, aunque me lo prohibió hace tiempo tía cristianísima. Es la ventana donde los vecinos hacían gracias.

Me miran desde allí y están fijos en mí unos ojos, unos ojos que conozco, sólo un instante porque después se descubren dos cuerpos dos cuerpos en la tarde, entres sombras y luces.

...doscuerpos... unosojosquenoconozco... en la tercera ventana ventanatercera...

Y te quedo mirando Lina. Y sé lo que estás haciendo. Y me miro. Y te vuelvo a mirar por la terceraventana. Y me hago grande. Y me reconozco. Te tomo.

(La estuve tomando largo tiempo hasta que se abrió la ventana de las dos nubes y comenzó a pasar la voz que entonaba canciones antiguas y pacíficas.)

APARICIONES DEL ÁNGEL Y CONSTANZA

1

—Allí donde la ve: diecisiete años, creciendo, como una granadilla...

2

No pronuncies, Constanza, esa palabra que puede traer nuestra ruina, que también puede darnos aquella felicidad interrumpida.

Ante el sonido de esa palabra dejamos de ser lo que somos para convertirnos en otros, sin saberlo.

Luego de pronunciada, la olvidamos.

Olvidamos también que la hemos pronunciado.

Pronúnciala o no la pronuncies. Vuelve a pronunciarla o no lo hagas más.

3

—No se quede allí parado. ¿Contrabandista?
—Carolaaa... llama a las muchachas...
La reserva es norma de esta casa.
No le vamos a preguntar a qué se dedica.

4

He usado mi tiempo de soñar planeando muertes diferentes; mis tiempos de vivir, en un sueño cauteloso; mi cautela, entre libros y equipajes...

5

—Ahora, qué me dice... Buen material... da una impresión, diecisiete años... no necesita hablar con ella... es de lo más callada y prudente.
¿Unavirgenprudente?

6

Ahora me tendrás junto a ti en una de las últimas apariciones que el Hacedor me ha concedido. Tendrás para siempre esta aparición a tu lado entre cafés, cámaras fotográficas, botellas de naranja, juegos perversos y países nuevos. Esta aparición es de un instante y los

centinelas van a permanecer inmóviles, lejanos, ajenos y locos como los ciruelos.

Te voy a llamar Constanza. Tú sabes por qué. Además conoces que las estaciones han cambiado de nombre en los últimos tiempos.

7

—¿Qué le parece la casa? Adecuada, verdad. Insospechable.

...una casa redonda como el mundo llenando su mundo de dormitorios, palmadas, salones, bosques interiores, relojes detenidos, radiolas que han echado a andar, relucientes bañeras, monedas escondidas, elocuentes poses, historias...

—Si quiere, puede quedarse por unos días...

8

No me resta lugar en esta época, anduve escaso; apenas sobra en mi maleta un lugar para vuelos y árboles, humos y paisajes.

Imaginando distintas muertes me he puesto furioso y rojo y prodigo el escaso tiempo que me sobra y dejo a otros los tiempos que no espero.

9

—No se quede allí parado, pase, ¿se siente mal? ¡Qué cara tiene usted! ¿Lo persiguen?

10

Algunos sacerdotes han pretendido esta mañana enviarme de regreso al cielo con devocionarios, obsequios sospechosos, congratulaciones y palmaditas al Señor.

No entienden. Abandono la contienda para entrevistarme contigo pero nada me hará desistir del dilatado combate.

11

—¡Música, maestro!

12

Una comparsa de músicos de arcilla ilusionó mis manos, vertió agua bendita, saludó nuestro amor sin ramas ni razones. Amor de largos trenes, de adioses, de suerte.

¿Eres tú, Constanza?

Amor con escaleras apresuradas y pasos que no deben oírse. Amor que se oculta a los visitantes imprevistos. Solo como los trenes. Con maestras chifladas, niños co-

rriendo y estampas donde aparezco con armadura de guerrero.

13

—¿Político?... ¡Oh, no!... Un momento pensé... ¿Por qué no baila?

14

Mientras me niego a partir, Constanza, olvida tu nombre. Esta mañana no pude subir las escaleras, volví la vista a tierra, olvidando aquel altísimo retrato del Salvador.

Luego seré un rostro tranquilo y superior entre caracoles y zorros. Nadie me va a mover de las estampas.

Muchos se van a quedar callados al saber que amé, que el sol es redondo y los gallos, bobos.

Los Arcángeles saben de la justicia de mis amigos para con mi ebriedad, mi corona y mis juguetes y de su aparente reserva mientras junto a la puerta escuchaban mis sueños.

Nadie sabe que voy a llevar un secreto, dos manos apretadas, una escalera sin uso, una fotografía donde tienes otro rostro, Constanza. Otro nombre.

15

—¿Nos acompañamos o salimos un rato?

16

El ángel en un café (viñeta)

Arriba hay también estaciones donde las almas de los recién fallecidos esperan el tren que los conducirá a su destino. Ellos ya no pueden elegir otro destino que el señalado.

Pálidos pero serenos, los difuntos esperan. Para olvidar el tren, los pañuelos y las dudas se vuelven sumamente conversadores. Tratan acerca de puñales y rostros, de túneles y de huellas, de ambiciones y antojos.

Silbando, silbando llega el tren.

Sentado en el café "Versailles", el Ángel advirtió su semejanza con una de aquellas estaciones.

Sábado: los habitúes eran propietarios de un cirio encendido, un paquete de cigarrillos y un deseo inconfesado en la solapa.

El Ángel pidió un "expreso". Se lo sirvieron. Fue interrogado por los conversadores acerca del teatro en la Mansión de la Eterna Ventana. Otros le hablaban de la posibilidad de sacar una revista. Alguien le preguntó cómo eran los ojos de quienes esperan los goces del Purgatorio.

17

(Allí donde la ve... diecisiete años, creciendo, como una granadilla, buen material... Usted ¿a qué se dedica? ¿de quién huye?... La reserva es norma de esta casa... ¿qué le parece la chica?... no se preocupe si no quiere hablar... no necesita hablar con ella... es callada y prudente... ¿unavirgenprudente, virgenprudente?)

—¡Pasa!

18

Muerte del ángel

El Ángel de ojos asustados, vagabundo y buscador de guerras, debía morir. Su muerte, pese a predicaciones y suspiros, tuvo esplendor. Dos arcángeles largos se lo llevaron una tarde.

El Ángel muerto en tierra sin aventuras, amores ni misiones vestía rígida mortaja negra y corazón de hombre.

(Hasta la mitad del camino al cielo había llegado la comitiva fúnebre.)

Jamás un ángel cierra los ojos pero aquél se había quedado dormido en un parque. Esta fue su muerte como hombre que oficialmente le daremos: murió combatiendo en recia batalla. Esto será lo que sepan quienes lo conducen.

A mitad del camino al Cielo, los pequeños pueblos de la tierra eran ya luces asustadas como los ojos de ciertos gatos que moran en los cinemas del Infierno.

—Será mejor despertarlo de una vez. Será mejor despertarlo. Esto querían los arcángeles.

Querían disculparse por haber enviado la daga de Az-

rael, Ángel de la Muerte, con órdenes terminantes. Querían disculparse por no haber esperado hasta el fin de la batalla. Querían preguntarle cómo era Constanza.

Lo despertaron pronto. Pero los Arcángeles no sabían por dónde empezar: deseaban contar al reciente muerto en el cielo, en el número de los Rebeldes.

19

—Será mejor enterrarlos. Van a apestar y por aquí hay un camino muy cercano. Mira los ojos de este cojudo. Si parece que estuviera vivo.

—¿Lo remato, teniente?

—El gobierno no quiere dificultades. Allí cerca corre el río. (...ríos verdes, ácidos, herrumbrosos, acabados, todos están acabados, menos estos ríos... todo se va al fondo... pero van flotando cuerpos y naranjas...)

—¿Enterrarlos?...

20

Inscripción para el Ángel: "Era un intelectual peligroso y, según se dice, tenía dos o tres suscripciones en importantes revistas del infierno".

21

—Allí estaremos bien.

22

Dudas del ángel

Obispos y alacranes, monaguillos rojos y plumas sagradas, cuando todos desciendan pausadamente —rendido el Cielo y con sus ventanas cerradas— cuando vayan bajando en olor de tristeza eterna, en línea, en formación perfecta, abiertas ya las puertas, anegados los puentes, entregados por fin los estandartes, en el momento estrepitoso del llanto, cuando el Emperador pise los últimos escalones, Emperador vacío y empolvado: rebeldía sin clemencia. Cuando todo esto haya acontecido, ¿qué voy a decir? ¿Qué leeré? ¿Cómo he de mirar a los rebeldes? ¿Qué hazaña voy a inventar para justificación de mi prolongada estancia en puertos distantes, en faros sospechosos, en barcos atracados donde se oían voces. caían estrellas, se narraban historias? ¿Cómo he de explicar los pasos de Constanza, sus manos, su rostro entre venados y cruces, inscripciones latinas y oxidadas heráldicas?

23

—Despacio. Sube despacio las escaleras...

CRÓNICA DE LOS ZUMBIDOS

Se equivocó la paloma
Se equivocaba.

ALBERTI.

Ella dijo que todo debía terminar y él no pudo responder. Para que todo se acabara, ellos iban a escuchar los bramidos de una velocidad aproximada. Se estaban mirando.

—Ya es la hora ¿verdad?

Dos que se estaban mirando iban a escuchar aquel zumbido. Ella repitió la pregunta. Dijo él:

—Es como estar subiendo y subiendo. Pero uno nunca se acostumbra. Me imagino que así debe ser. Como morir.

—Tú sabes que ya es la hora.

—Ayer no pensaba. No pensaba.

—Lo había decidido desde hace tiempo. Tiempo... desde que nos conocimos.

—No es cierto. No fue así.

—Es la hora.

—No fue así.

Ellos sonaban igual que dos ratones porque las tablas del piso estaban bien aseguradas, y el catre, mudo, y algunos aires. Todo el mundo sabe que los aires no rechinan. Entonces aquella velocidad iba a retumbar como muchas locomotoras... a la una, a las dos... y en carrera. Para que todo se acabara.

Van a morir dos que se estaban mirando y que jugaban a quién torcía primero la mirada y Constanza dejó de mirar los otros mundos y de escuchar esa voz que vino desde arriba y Simón y Constanza dejaron de mirarse y de mirar. Toda la mañana estuvieron intentando el olvido. Hacia el mediodía, al gato aquello le sonaba raro. A las cuatro de la tarde Simón y Constanza que ya no se miraban fueron sorprendidos agradablemente por un viento saludable y por un color amarillo de cosa quemada y de eclipse. Luego ellos dicen: un color amarillo de cosa quemada, de eclipse y además todos esos rostros que se nos aparecen sonriendo en lejanía rumorosa y suben y suben y logran que baje hasta nosotros un oficial funesto quien nos dice que nuestro amor acaba de morir y que acaban de morir nuestras palmas alzadas y que el milagro acaba de morir. Eso dicen que vieron a las cuatro de la tarde. Al anochecer Simón y Constanza estaban dulcemente muertos y los habían enterrado en un cementerio serrano y oloroso donde hoy duermen juntos muy abrazados, muy tibios, con trompetas y muertos.

—Es como morir.

—Perdón ¿cómo dijiste?

—...un cementerio serrano...

—¿Otro nombre raro? ¿Me usas para ejercicios literarios? Creo que es hora de que tome mi taxi.

—Tu zumbido.

Van a morir dos. Ahora que tú y yo hemos muerto y que tú no te llamas Constanza y que huyes apresurada de tu antiguo nombre y que mi nombre te aborda en las esquinas y que no sabes qué decir y que luego te despides y que miras las ventanas que no mirábamos y que eludes los árboles donde jugueteábamos y observas los escaparates donde hay un muñeco sentado y que ya no te sientas largamente a pensar en nuestros nombres y en nuestras largas ciudades y los trenes blancos y que ya te olvidaste por completo del volador que sube a las estrellas montado en una bicicleta y que has olvidado también el saludo de tu gato y el apellido de la paloma y que ignoras tiernamente nuestras citas y el día en que te llegará mi carta y un día de noviembre y el año de los balazos y la fotografía donde estamos volando y la fuga de Simón y Constanza que hoy duermen juntos, muy abrazados y muy muertos y que no aciertas a comprender por qué vuelan las palomas y por qué los cisnes avanzan jarro a jarro hacia un cementerio iluminado y un parque y una bolsa vieja que probablemente son un daguerrotipo de la muerte y ésta, el nombre del sueño, y el sueño, la vieja renovación de otros engaños. Ahora.

—Ahora, daría lo mismo si sales de esta casa o si salgo de esta casa porque todas las casas son una sola casa. La misma.

—Hace mucho calor y además no tenemos ya por qué estar aquí.

Tú entras a una ciudad y regresas de un bosque donde te habías perdido jugando a hansel y gretel a oscuras y ojerosa y descalza y callada y pelo negro y viajando con tu gato y diciéndole a Simón que eras suya entera y con tus ojeras y con tu cartera deshilachada y con tu falda negra y jugando y sin cantar porque el amor de Simón y Constanza es secreto y en frío y en sábanas voladoras. Bailando entras.

—Si entras o si sales es lo mismo.

—Bueno... estábamos en que nosotros vamos a terminar.

—Si terminas o empiezas. Si sales o si entras a una casa...

...una casa alta y de dos ventanas es siempre y ya y siempre tu morada estés donde estés, donde estuviste o donde estarás...

—Estábamos.

—No es lo mismo.

Ellos estaban en el rompimiento y ella repitiendo donde estaban. Ella me repite la palabra "estábamos" y puede repetir que "estábamos", "estábamos", "estábamos". Así se va cansando y quizás sin darse cuenta dice otra palabra como "pájaro", por ejemplo. Da lo mismo.

—...

—No da lo mismo. Si comienzas por dibujar las alas nunca verás al pájaro. En cambio.

—...

—Si por las patas, estará bailando.

Bailando entras a una ciudad donde nadie te había conocido riéndote y con tu blusa a cuadros resplandeciente y nadie puede saber de dónde te viene y a dónde va esa anacrónica iluminación que te ilumina y de quién procede.

—Si comienzas por los ojos, no continuarías. No se debe mirar de frente los ojos de las aves. Ni los del Espiritusanto que es una paloma.

—No es lo que estamos conversando. No es lo mismo.

—No es lo mismo. ¿Comenzarías dibujando los ojos y tendrías valor para mirarlos?

En el sillón largo y comodón dormía tu viejo tío sordo y viejo y los ojos de la paloma mudos cuando regresabas a casa con nueva salud que antes nunca habías conocido y que yo te doy siempre al sonido de campanas y de pífanos y de espiritusanto, espiritusanto que no debe saber —nadie debe saber— que sonó la Buena Nueva en los oídos de tu padre y las ventanas de tu casa y las lunas rojas de luz y las luces que no hacíamos en nuestro fuego lento y las astillas en los ojos brillantes de tus familiares que recientemente habían advertido la cohabitación de la hija y de la hermana con un dragón y yo era el dragón y soy y seré, siendo el dragón soy el príncipe y eres la muerta.

Ya vino Constanza, decían.

—¿Ya vino?, deben estar diciendo. Es hora que me vaya.

Y ahora no dirán que llegaste tarde porque ahora que hemos muerto no llegarás de mí. De mí regresabas con un fuego y lo advertían cuando llegabas a tu casa y a tu suelo —suelo de caminar y caminar para que no se den cuenta— sin cantando. Y rápido a la cama.

—¿Ya vino?

Él dice:

—Nunca lo había pensado. No pensaba en realidad que nosotros pudiéramos de repente así como así y en un solo momento.

Él, de nuevo:

—No pareces. Estás distinta.

Él:

—Recuerda eso del gato.

—Voy a tomar aquel zumbido —se supone que ella diría.

—Espera. Allí viene otro taxi.

—¿Voy a estar aquí esperando zumbidos y zumbidos hasta que terminen de pasar todos tus recuerdos?

—No sabemos.

—¡Taxi!

—Espera, Constanza. Tengo una cosa todavía.

—Lo de siempre. No te das cuenta que todo está decidido. No hay modo de hacerse atrás.

—Está bien. Deja que yo lo decida.

—Tienes tiempo hasta que pase el último zumbido —dijo ella.

Ya es tiempo de que dejes de pensar y me dejes salir. Yo te dejo salir. Pero es que tienes la llave contigo. ¿Serías capaz de quedarte con la llave? ¿Y encerrarnos? ¿Qué nos quedaría sino encerrarnos y encerrar con llave al aguaflorida y a la paloma sorda de ojos y al sordo viejo tío y al tío de la paloma y a la llave? Dame la llave. Dámela.

Juntos y junto a la ventana, ellos miraban y se perdían en la avenida y en las avenidas de la ventana, y la llave a Simón le quemaba en el bolsillo. "¿Vas a entregarme la llave?" Ella dijo que si él no se la entregaba, ella no iba a saber lo que haría. "La llave". "Ya no hay zumbidos". No iba a saber lo que hacía. "Se han perdido los zumbidos. Tal vez por otros lados. Aquí ya no hay zumbidos". Añadió que no iba a saber lo que haría, y lo miró. Lo miró buscándolo y buscó en él todo lo que habían soñado ambos, y todo lo que se perdían ambos, ella buscó.

"Busco la llave". "¿Me la vas a entregar?", y si no se la entregaba, ella no iba a saber lo que haría. Eso dijo.

—Inventa una llave —diría él—. Ella no respondía y estaba a punto de no saber qué hacer.

—Puedes hacer una llave si la piensas y la sabes dibujar. Pero es mejor que dejes de mirar a la ventana y que me mires. Esto es lo que puedes hacer. Una situación. Piensa que soy el que se ha decidido a romper contigo y que tú me retienes y yo te tomo por el orgullo y te voy diciendo que si ya no te quiero, no hay razón para que me detengas. No hay razón para que me detengas. No eres tú. Soy yo el que ha hecho un viaje para venir a oírte decir lo que yo quiero que digas. Que ya no quieres tener nada conmigo. Y ahora te exijo que me exijas la llave y que logres que yo te la entregue y tomes de inmediato un rápido zumbido. Vete de una vez, Constanza. Tienes razón: el nombre que usas no es el tuyo. Te lo he inventado. Eres una creación literaria.

Ella volvió a preguntarle a él si se atrevería a guardarse la llave del cuarto donde estaban encerrados. Si él se la guardaba y no la dejaba salir, ella aseguró que no sabría qué hacer.

Eso le preguntó ella e insistió:

—Es preciso que me des la llave. Lo nuestro es asunto terminado, y mira por la ventana. Hay menos taxis circulando en la avenida.

Quiero que supongas ahora otra situación: soy un pájaro. Que soy un pájaro. Ya te dije que si comienzas a dibujarme empezando por las alas yo saldré volando y no volverás a verme. No podrías mirarme directamente a los ojos porque a los pájaros —espiritusanto— no se les mira a los ojos. Tampoco podrías exigirme que te entregara la llave. Tan solo me verías partir y te quedarías encerrada. Que soy un pájaro.

—¿Y si yo me disfrazara de pájaro? —dice ella—, y él la queda mirando.

Nuestro rompimiento —tú lo sabes bien— es nuestra muerte porque yo te puse el nombre y me encajé el mío. Sueña ahora que no me conociste o que antes, desde antes, ya estábamos muertos. Todos. Bien muertos.

Sueña que yo era el muerto y que tenía ojos de muerto. La única posibilidad de una muerte digna para el personaje que represento en nuestra época es una muerte fiera y con ojos de color granate.

—No había pensado nunca que tú podías estar muerto pero una vez sí que lo pensé. Te imaginé muerto espiando a los vivos. Muerto y riéndote. Muerto y borracho. Borracho y bien muerto. Dame la llave, Simón. Lo nuestro ha terminado y me deben estar esperando en la casa... Y estabas metido en un ojo granate y dibujabas y espiabas a los vivos y me volvías a inventar un nombre.

—¿Muerto y riéndome? ¿Como largo soy, muerto? ¿Y mis ojos hacia dónde, mirando?

—Muerto como un tomate o un corazón de plata. Dame la llave.

—Cuéntame cómo es tu sueño.

"Ojo largo y claro ventanal, día abierto y desconocido sendero, casa de pájaros y ala nueva; ala nueva y claro ventanal y primavera blanca que nos espera..."

—Muerto, tú... Muerto. Muerto.

—Todos, muertos...

—Muerto...

—Cuéntame cómo es la muerte que me habías soñado...

"...y aves que nos esperan y cielo nuevo y puerta abierta entre las nubes y nube que te abres y abres..."

—Un ojo granate.

"...ojo largo, ojo largo, ojo largo, no te cierres ahora, ahora es cuándo, deja que yo vea en ti lo que me espera."

—Una muerte digna. Eso es lo que me deberías haber soñado y si no lo soñaste... ahora que nos morimos...

—Dame la llave. Quedan pocos taxis.

—Para Simón una muerte como la de Ernesto y la de Juanpablo que con Ernesto corría por Bolivia.

"No te cierres, puerta que se nos está abriendo. No te cierres. Espera, que un caballo blanco cruzará el puente..."

—Muerto.

"...y el jinete y sus cigarros y su sonrisa y su cólera desmandada y su colección de aves revoloteando y su compañía de cóndores y sus plumas de fuego y de fuegos. Ahora cruzará un jinete. Ábrete ojo largo y claro ventanal. No te cierres nunca."

—Muerto. Muertos.

"Poeta, da testimonio de mi presencia porque yo voy a estar en las alturas gozoso y muriendo siempre en un invierno siempre y muriendo en una guerra larguísima. Así dirá uno de los muertos."

Pelean sin caballos todos los muertos.

—Todos los muertos...

"...y mueren muriendo y cantan y soñando. Debajo del árbol escriben cartas y vuelven y ríen. Es una guerra larguísima. Los muertos no tocan al piano la canción del balazo y del año que vuelve y vuelve y vuelve. Todos estos años mueren mis amigos. Es una guerra larguísima, y dicen..."

—Muertos... Muertos... Dame la llave...

"Ven porque anochece ya en estas alturas y si no vienes no sabrás nunca cómo anochece el día, cómo crece el hombre a estas alturas, cómo la vida crece, cómo la vida nace. Si no ves a los infames cómo triunfan no sabrás nunca la música que esperas, música de esferas. No

anochecerás coronado de fuego. Porque el fuego se nos está abriendo y las palmas enrojecidas."

—Ese sueño es tuyo.

Penúltimo zumbido y él dice:

—Te digo que es como morir y que vamos a morir porque tú lo has decidido y todas las casas están llenas de muertos, y las pampas. Los años últimos en que nos conocimos tienen su población de muertos. El viento, de penas.

Ella:

—Te olvidas de los zumbidos. Aquí viene mi taxi.

Penúltimo zumbido:

—Va a venir por ti una pena. Por mí.

Penúltimo:

—Todos van a morir. Todos han muerto. Y yo no estuve con aquellos, los de tu sueño que tú dices que es mi sueño. Yo no subí a los cerros porque se me atragantaba.

Él quiere gritar:

—Si tú dejas de ser Constanza y yo Simón.

Ya estaban debajo del departamento, en el bar de la esquina, y el mozo no les dio una Pepsi ni la cerveza helada en media botella porque nos los veía. Mucho depende de la luz que haya en la escena, y ellos hablaban. Hablaron.

Zumbido y zumbidos.

Para que todo se acabara, él le dijo a ella y ella respondió o sea se dijeron. ¿Qué pasaba a todo esto? ¿Se murieron o se estaban separando como buenos amigos?... El cielo, granate y los zapatos del ángel, cuero

de guante. Sus zapatos podían recorrer distancias y distancias antes de la muerte inminente e inminente de los que entonces iban a morir.

—En tu sueño que es mi sueño y que has inventado para mí que... y mi nombre no es el mío. Dame la llave o no sabré lo que voy a hacer.

Es la hora y van a morir muchos y es difícil pero, en rigor, el sueño es un recuerdo y el recuerdo de uno es el sueño de varios y de la inventada o sea el tuyo o sea el sueño de las muertes. Como tú quieras aunque te enoje.

—Como tú quieras.

Ella y él escucharon los bramidos de una velocidad aproximándose.

—Como tú quieras —dijo ella—. Añadió: Como tú quieras.

VUELAS EN REDONDO, ÁNGEL DE MI GUARDA

Con su cielo viejo y su banda de golondrinas, Ángela viene volando. Me amas y vengo porque me has llamado. Amo en Ángela su corte de viejas golondrinas. No es cierto, me necesitas. Y el paquete de cigarrillos que me trae. Te traigo solamente el humo. Entonces, no eres Ángela, eres el humo. No es cierto, tú sabes que me necesitas. Antes que Ángela, llegan hasta mi cuarto varias pisadas. Tampoco es cierto, vengo volando. Pisadas y pisadas.

—¿Quién soy?

Mi ángel de la guarda. No sabes quién soy. Has vencido todo el camino y llegas hasta mí. Te contradices. Digo. Si adivinas quién soy, tienes un premio. Tú sabes que lo sé. ¿Reconoces mis manos?... Lo primero que reconozco son tus plumas: vienes volando. No apartaré mis manos de tus ojos hasta que me reconozcas.

—Te olvidas del tercer ojo.

—¿Qué sucede? ¿Estabas escribiendo?

—Es lo que hago siempre, siempre que no estás.

—Olvidas que siempre estoy a tu lado.

A tu lado, un día me lo dijiste, a tu lado por siempre, recuerda, recuerda... ¿Te lo dije cuando estaba escribiendo? Recuerda, recuerda Martín lo que me dijiste y lo que no me dijiste. ¡Ángela! Y cuando mi recuerdo te llegue, apartaré mis manos.

—¡Apártalas antes!

—Cuando llegué ¿estabas escribiendo? ¿Escribien...?

En otra época, dejabas de escribir y me llamabas... y decías que todo lo dejabas por mí, y lo dejabas, y después renegando todo el día santo.

—Lo único que me interesa de ti son tus gemidos.

Es cierto, eso me decías, después volvías a llamarme.

—¡Ángela!

Me has reconocido.

Lee dominicales y quiere comentarlos conmigo, no le respondo y ella comprende, no me gusta nada que ella comprenda porque me comprende mucho. Es su deber, dice... Una hora pasa y le digo —ella subió mucho hasta llegar a mí y debe estar cansada— que podemos bajar a tomar un café porque tú y yo con hambre y no tengo cosas que escribir.

—Escribe, no se te vaya a ir.

En la hora del sacrificio, cantan los gallos y los corrales —y no se te vaya a ir la inspiración en un estornudo para nunca volver—, cantan los gallos y la Luna metiéndose en nuestra pieza. Vengo corriendo hasta la máquina y escribo:

—No se te vaya a ir la inspiración.

—Vamos a tomar un café.

—Creo que no voy a ir, me muero de sueño —ella añade: ¿tú quieres tomarlo?— añade dulce:

—¿Tú quieres?

Vamos ahora, mientras copio sus últimas frases. Dicen tres plumas: vamos ahora. Vamos al café, repito.

—¡Vamos!

Vamos. Ella, arriba, con sueño, sin hambre.

Y cuando me preguntas, ¿estabas escribiendo?, vuelvo hacia ti para responderte y descubro pronto ese color. Te pregunto por el color de tu pijama y somos los dos muy cerca. Te pregunto por ese color repentino y me hundo. Somos cerca. Y me hundo, nos hundimos.

Ángela y yo nos hundimos, padre nuestro, en un color y en varios gemidos. En cuerpo y cuerpo, nos vamos entregando a ti, Señor. Y cuando ella mira el techo te ve a ti, padre nuestro que nos estás mirando en la hora del grito y de la triste manzana, del árbol y de la serpiente en la hora... ¡ángela!... de nuestra muerte, en la hora buena y larga cuando salíamos del fuego —padre— y vinieron a expulsarnos de este color.

Hora en que te tomo de la mano izquierda, Ángela, y vendrán a enterrarnos lejos del color, cerca de la serpiente, lejos.

—¡Abrázame!

El color de nuevo: Ángela y yo caminamos por el color de tu pijama, de tu pijama, caminamos y hay guerra en el norte y el humo, en el viento y el este, hay guerra.

—¡Abrázame!...

Avanzamos uno hacia otro, hacia la maravilla y no tenemos tiempo de hablar con el Señor, de pedir permisos.

En medio del color, tú me quedas mirando, Ángela, y después ya no somos el color de una estrella temible.

No somos.

Ángela, me conduces de la mano en nuestra paz y nos separamos en el encuentro seguro cuando clamas con los ojos y no sabes dónde tienes los brazos y dónde te conduzco no sabes y nos ahogamos en las furias de la almohada y jugamos la ronda frente al árbol de la prohibición, y no hay voz poderosa que nos detenga ni revoloteo ensangrentado que nos asuste: ángela, ángela, ángela.

—¡Martín!

Porque después miramos asustados hacia el cielo y recién estamos, morimos en ese momento y desde nuestros hoyos largos, al Cielo.

Vino volando una paloma y se llevó el color de tu pijama, y en paz, y dame tu mano izquierda, y en paz.

—¿Estabas escribiendo un cuento antes? Antes de...

—¿Has visto ese reflejo? ¿El que salta? ¿El que vino por la ventana?

—Ahora, ya puedes estar tranquilo. Siéntate, cómodamente, y escribe. ¡Sí, sí!... puedes beber de esa botella que está junto a tu escritorio. No te preocupes por mí, te estaré observando. Eso sí, no mires el color de mi pijama. Es difícil acostumbrarse a vivir con un escritor. Pero, ya ves. Te comprendo.

—Es que...

—Silencio. Usted escribe. Silencio —me dice con el índice sobre los labios. Para eso he venido, te cuidaré mientras escribes. Te observaré, te estaré mirando.

Mirando... ese reflejo, el reflejo de nuestros ojos va a quedar prendido en la pared de este cuarto y de aquí va a saltar a todas partes. Ese reflejo.

—¿Por qué me miras así? ¿Es que no querías escribir? ¿Por qué me miras así?

Saltando por las calles el reflejo y nadie podrá dejar de ver junto a esta ventana el reflejo de nuestros ojos —por siempre jamás— de nuestros...

—Bueno, si te cansaste, comprendo. Duerme un poco. Duerme.

Duerme, me ordenas Ángela. Vas a cuidar mi sueño, aseguras. Tienes mucho que pensar, eso dices, y tus ojos están siempre abiertos cuidándome. Vuelvo a poseerte y después te duermes con los ojos abiertos. Cuidándome.

Me arrodillo junto a la cama: quizás ya estoy irremisiblemente borracho y Ángela debe llorar mientras duerme pero no se nota. Con pasos de ratón me voy acercando a la máquina de escribir, no quiero que Ángela me descubra y cuando creo haber logrado mi hazaña, llega hasta mi escritorio un olor de paz y de agua florida: los ojos de Ángela sonríen.

Probablemente, el único lugar que ella no ha visto en el cuarto es este cuadro que cuelga de la puerta. Hacia él me dirijo. El Purgatorio: las ánimas alargan sus uñas lentas, buscan el auxilio de Maríavirgen y la llaman para que las cubra con su manto. María declara que no es Semana Santa y que no tiene derecho para llevarse a los muertos. Me acerco, camino arrodillado hasta Maríavirgen. Que haga una excepción, le pido que me deje un rato sin fuegos y sin clamores. Ello me mira y viene desde el Purgatorio para cubrirme con su doblecorazón.

Habito en el cuadro verde del Purgatorio, lejos de Ángela quien se ha despertado y me busca. Le pido a Maríavirgen que me mantenga lejos de todos los colores, y Ángela suspira por mi larga ausencia.

—¿Por qué has demorado tanto?

—¿En la nube?

—¿Qué hacías mientras yo dormía? —sonríe mientras dice esto y cree saber la respuesta.

—¿En la nube?

—Me desperté y te buscaba. Busqué por todas partes, dabas la impresión de no hallarte en el cuarto.

—Buscaste en la ventana únicamente.

—¡Martín!

Estoy muerta, estoy muerto, estamos muertos. Muertos, bien muertos.

—Son los de la pieza de al lado.

Vuelve volando:

—¿Estabas?...

Subiendo. Subiendo esa música hacia un gotear de cosas que se alzaban y corrían por la máquina de escribir y se filtraban por las rendijas de la puerta.

—¡Esa música de al lado!

Sin problemas, al lado.

—¿Por qué te haces problemas? He venido a acompañarte para que no estés solo.

Giran planetas en torno de la ventana de cristales y de nuestro amor.

—¡Si tuviéramos un hijo!

Soy alguien que mira hacia un solo lado que no es lado por donde estás mirando, Ángela, y cuando me encuentren tus ojos, miraré hacia otro lado.

—Siempre estaré junto a ti.

A mi lado en un mapamundi, y después junto a una nube y varias arpas. Lo sé y lo cantan los serafines.

Junto a ti.

Junto a mí, desde la arcilla, puede ser. Desde allí y desde entonces, y cuando por primera vez nos juntamos, y hasta el regreso de la arcilla, junto a mí desde la arcilla soñadora.

—Ahora los dos tenemos sueños, ¿no es así?

—Que dejó de ser sueño de abajo, que encarnó y vino al mundo —¿de nuevo?— y cuando quise ser sueño, tú estabas junto a mí.

—¿De nuevo?

Ella viene hacia mí desde muy temprano. Viene, pero me pregunta ¿por qué has tardado tanto? Me pregunta y se acerca, y su pijama está cerca, y debo acercarme y ella debe acercarse y se acercará, y entra volando una mariposa y nos circunda para siempre e inaugura un cuadro dichoso: nuestro amor a primera vista y para siempre hasta las estrellas, desde la arcilla.

Viene volando. Igual me llegan unos gritos y varios tules y plumas de gallina o de ángel y unas manos que se elevan hasta mis ojos, y cantos corales, y una voz que pregunta y las manos que se elevan y me impiden ver mundo, y que vuelven a preguntarme:

—¿Quién soy?

Revolotean.

Preguntan después:

—¿Quién soy?

Preguntan:

—¡Adivina!

Adivino y percibo manos que no me sueltan, y los coros cantan que Ángela bajaba del cielo un día y bajaba y bajaba.

—Si no das conmigo...

Vuelvo a adivinar y pregunto "cuándo has llegado", y viene luego un abrazo repentino, y "cómo supiste que aquí me alojaba", y después del abrazo, mis ojos cerrados. Ángela, ¿cómo has adivinado que me alojaba aquí y cómo has llegado y cuándo?

—Adivina...

—Eres mi Ángel de la Guarda.

Y si abriera los ojos no te vería porque no se ve al Ángel de la Guarda.

—He venido a quedarme.

Escucho que Ángela se queda.

—¿Qué te parece?

—¿Ese olor?

—Es el que siempre he usado. Vengo porque me necesitas.

—¿Tu subida hasta aquí?

—Y tu mirada resplandeciente. Ella sonríe y sabía que te iba a sorprender ¿estabas escribiendo?

—¡Vete de una vez!

Generalmente, soy el que vence: después de la muerte de Ángela —dame la mano izquierda, Ángela, tomémonos de las manos— ella y yo revolcándonos en un lecho

que va girando recordamos su última partida, despeinados viajes —recordamos— de Ángela hacia mí que la quiero y la rechazo, y sus ojos arriba mirándome mientras ella y yo giramos. Vete de una vez.

—¡Vete de una vez, Ángela!

Vuelve. Vuelve volando, y ahora sus manos no me sueltan aunque la pared chispee. Vuelve, revolotea y pregunta ¿quiénes somos? y, ¿quiénes viven en este cuarto? y, ¿te duermes? Se eleva luego en la dulce compañía de sus manos que no me dejan, y me preguntan —y sin morir los ángeles cantan—, Ángela sigue preguntando. Quiere saber si me he quedado dormido o si escribía un cuento. Entre mi caída y sus vuelos, pregunta ¿quiénes viven?

—Tú me habías llamado. No me explico.

—¡Vete!

Moran en este cuarto varias cosas perdidas: volando y para arriba y para siempre, los ojos de Ángela habitan junto a libros, cajetillas de Marlboro, un violín, varias cartas y alguno que otro grito repentino. Grito repentino y ojos volando para arriba y para siempre en este cuarto de cosas perdidas, cajetillas de Marlboro y de ojos patas arriba y volando los últimos ojos de Ángela que en este cuarto moran desde ayer cuando se fue y salí del cuarto para buscarla en otros sitios.

MUERTES Y RESURRECCIONES DE SANTIAGO EL VIEJO

¿Quién vive?
—¡Detente viento,
detente...!
ARTURO CORCUERA.

Áspero difunto, Santiago el Viejo: nos ha asustado más que nadie durante estos últimos tiempos. Porque Adonis Crespo y Francisca de las Nieves llegan a la mesa de espíritus para contarnos la historia de su amor muerto; Urraca y Celeste no paran de cotorrear acerca de costumbres diversas en el cielo; las bendiciones de Anastacio Amoroso y los salmodios de Genoveva de Brabante nos abordan con aires tibios y soplidos que no bastan para apagar la vela. Quien nos preocupa es Santiago el Viejo: por la clavícula de Salomón y por la estrella de los altos magos, le hemos jurado que ya es difunto; él no nos cree, tiene la certeza de estar dormido y se desvive pensando que una vasta y elevada noche juega con él: lo desliza y lo levanta, lo besa y lo traga, lo acaricia y lo hunde, lo muere y lo desmuere y lo revuelca y lo hace rodar hasta siempre en el rumoroso y variado sueño de una muerte inventada.

"Sean clementes" —nos dice—, mientras corre la copa invertida por entre las letras del alfabeto. Nuestra clemencia no alcanza para hacer de él un cristiano entero, cristiano que acepte haberse jugado la última carta y habérsela perdido; ninguna misericordia bastaría para devolverle aquella derrota. "Siquiera díganme que ésta es una mala borrachera". Se lo decimos, y no se fía de nosotros. "Es por el tono. Se parece al de unas viejas que vinieron a mirarme mientras dormía, y no cesaban

de llorar repitiéndome que parecía vivo, que tenía una sonrisa muerta de angelito y unos ojos muertos de niño de pecho, y seguían llorando." Una noche hemos venido con algunos tragos encima, es que nos daba pena; cuando se presentó Santiago el Viejo, le echamos en la cara nuestro penoso resuello. "No es de agua florida" —sugerimos—, "sucede que tú y nosotros, todos vivimos muy borrachos." No le basta. "Vienen borrachos para hacerme creer que están asistiendo a mi velorio".

No se cansa de vivir. Mundo de aires y de tantísimo frío. Y a nosotros, que nunca lo conocimos, nos asegura que vive aquí, entre nosotros, en esta pensión de estudiantes, desde hace muchos años. Lo llamamos, de puro cariño, el Viejo, y eso le gusta. Tenemos comunicación con él todos los viernes durante varios años; para Santiago, todo el tiempo es el mismo tiempo, y nuestras reuniones, una sesión continuada, tranca larguísima. La otra noche llegaron unos policías y echaron la puerta abajo pues suponían que la nuestra era una reunión comunista. "Déjenlos pasar —dijo el Viejo—, la misma historia, nos asaltan por conspirar con San Martín por la libertad y la república." La primera vez que se materializó, Santiago ostentaba una rosa blanca en el ojal, y hasta ahora no se ha secado. Seguro por eso cree que no cambia el tiempo.

Estamos adiestrándolo en la muerte y queremos que se aficione por su fallecimiento. "Estás muerto" —juramos—. "¡Ustedes son los difuntos!" —llorando, nos desjura—. Cuando pregunta por ciertos amigos suyos, no hay cómo responder. "¿Se acuerdan de Arturo Cruces? Es un bromista. ¡Tan serio como era antes! Un día alcancé a verlo y quise preguntarle por mí. ¿Has visto a Santiago?, eso le dije. ¿Lo has visto? Me respondió que no. Es inútil que vayas a buscarlo. Santiago ha muerto. Esta tarde lo vi pasar. Iba adelante, muy serio, muy ceremonioso, muy altivo. Santiago saludaba respetuosa-

mente y se había peinado a la gomina. Iba adelante, a la cabeza de su entierro. Se había vestido de negro".

"A veces me entran ganas de pedirles que me mueran de veras, que no se burlen. Ustedes repiten que estoy muerto, y para imaginar la muerte me dirijo a la ventana y sorprendo a los planetas que suben y descienden, ¿así es la muerte?, y en las otras ventanas atisbo a los vecinos mientras se hacen el amor, ¿se parece a ellos la muerte? En la última ventana, una muchacha dormita mientras un tibio lunar da saltitos en uno de sus pezones..."

"Mejor sería que tú dieras un salto, y que caigas sobre una nube para que conozcas a los ángeles". —Estamos muy interesados en saber cómo son los ángeles y quisiéramos que Santiago hable con ellos y regrese para contarnos. Mientras el Viejo duda, llegan hasta nuestra mesa de espíritus, los otros difuntos: ellos también quieren llevarse a Santiago y tratan de seducirlo, hacen coro: "Si saltas, préndete en las alas de un águila y haz que te lleve por toda la redondez de este mundo que abandonas: en la otra región te recibiremos con trompetas y estrellas; allí, las murallas son celestes, y las ventanas, amarillas."

"Todas las ventanas son amarillas porque solamente dejan pasar viejos recuerdos" —eso respondió Santiago, y nos deja pensando.

Francisca de las Nieves, en nuestra mesa comienza a aparecerse y a surgir desde el olor de una flor gigantesca; sale de allí para narrarnos alguna historia de su amor con Adonis Crespo. Santiago el Viejo la ve aparecer y no duda que ella esté muerta, la escucha y se fastidia de que los muertos conserven esos recuerdos terrenales. Cuando llegan Urraca, Anastacio y los demás difuntos, ¡qué hacer!, el Viejo dice: "Esos ancianos exquisitos. Ya llegaron. Los veo salir desde una flor gigantesca y amarilla, y adivino que solamente son recuerdos, presiento que vienen desde algún valle solitario y ad-

vierto que los acompaña una marcha de campanarios y un sonido de agua de santos. A vivir así, preferiría meterme dentro de una botella, y aguardar borracho hasta que el día de los juicios sea, y el tiempo de las resurrecciones, dentro de la botella, se haya cumplido. Dichoso."

—¡Comprende tu muerte. Compréndela!

"Voy comprendiendo —asegura Santiago— que morir es un papel teatral igual que otro cualquiera. El mío podría consistir en disfrazarme de un rey poderoso y lejano, en casarme con una reina española de la baraja, en acostarme con ella y en esperar confiadamente nuestro fallecimiento. Después de muerto yo y muerta la reina, es mi deber aguardar que Iñigo de Loyola se acerque a nuestro féretro, nos guiñe un ojo y se vaya llorando a mares a proclamar la muerte".

—Convéncete, Santiago, ya eres un difunto.

"Estoy metido en un pozo y me ponen tierra encima; les juro que estoy vivo y lloran; les pido que se vayan a la mierda y se santiguan; me bendicen; el cura pronuncia unos responsos y yo le sigo la corriente, estoy cantando; todos hacen como si no me oyeran, y cuando insisto en que se vayan donde deben irse, se van muy compungidos, padrenuestros por mi reposo eterno. Eso es lo que ahora estoy viendo y eso es lo que ustedes quisieran que viera. Y siguen allí, muy sentados, en torno de una copa invertida y de la estrella de Salomón, perplejos ante mi anverso y ante mi reverso, inquietos ante la presencia y ante la ausencia de los muertos olorosos, charlando acerca de todo lo que no ven y de todo lo que no tocan y de lo que acaso ni siquiera presienten. Ustedes ambicionan escuchar mi muerte, les gustaría perder el oído, extraviarse en el repiqueteo de un caballo loco que se lleva para siempre a Santiago el Viejo, que cabalga rápido como todos los caballos de los muertos, que corre por encima de las mesas y los pianos, que resuena en octubre, en viernes y en relámpago, y que, luego, se va deteniendo, se hace sombra, humo lejano,

campana lenta, fantasma tardío, saludo lánguido: segura, mística, atenta y memorable profecía acerca de los negocios y de los diversos estados meteorológicos".

—¡Despierta, despierta de una vez, Santiago! —le rogamos cuando nos convence que está roncando—. Santiago aviva furioso y asevera que es un mal truco el de fingirnos igual que él, pues una de las dos: o nosotros o él ya hemos muerto. "¡Difuntos, son ustedes los difuntos!... y con esas alas de mosca me rozan para asustarme, para sangrarme. No los tomo en cuenta porque sus ojos no me dicen nada. No es bueno fastidiar a los que duermen, y si yo vengo a ustedes, lo hago porque no puedo conducir mis sueños, si los orientara ya me estaría yendo hacia una noche que sube interminable por las más empinadas escaleras. No vuelen más en torno de mí porque no los aguanto. Muevo la copa como la puede mover uno cualquiera de ustedes, por costumbre; a este cuarto lo llamábamos la torre de los pájaros y la gente venía a la torre desde los mesones. No sé por qué ustedes están ahora aquí, no comprendo cómo tantos pájaros se reúnen en mi torre. Una de estas noches..."

Cualquiera adivina que Santiago sufre entre ese creer y tratar de hacernos creer: más fácil sería para él fingir la muerte creyendo que no la sufre, y tranquilizarnos aparentando una muerte que no comprende y creyendo en una vida que no creemos que espere. Seguro, todos los que sueñan, mueren por despertar, y Santiago ni por esas se muere de una vez.

No sabemos qué ha ocurrido últimamente. Santiago no aparece ni dirige nuestra mesa de espíritus. Quizás ha encontrado un grupo mejor, quizás los ha convencido de que todos están muertos, quizás Santiago está leyendo ahora un cuento y se cree lector sin saber que es personaje; no nos visita ni por cortesía, ni nos dirige la palabra. Es posible que, convencido de su muerte, piense ya en una reencarnación adecuada. En ese caso, tal vez está buscando un nene, y recorre apresurado las salas de hos-

pitales y maternidades para nacer cuanto antes. Casi hemos llegado a la certeza de que en vez de reencarnarse se va a meter en el cuerpo y en los sueños de un hombre joven. Entre sugerencias suaves y súplicas imperativas, debe estar persuadiéndolo: le dirá que puede seguir nombrándose y apellidándose como siempre, pero lo rodeará de memoranzas, de relojes, de retratos y de músicas añejas. Quizás el nuevo Santiago se levanta de la silla donde estuvo leyendo —abatido, medieval, añorador— y ensaya frente al espejo gestos y sonrisas que ya no le pertenecen. A Santiago el Viejo siempre le fastidiaron Francisca y Adonis, pero está inventando un amor cortés para el nuevo habitante de su vida, una pasión y una muerte como la de Adonis y de Francisca llamada después de las Nieves. Le pide al nuevo Santiago que busque el brillo de unos ojos extraviados en la torre de los pájaros. Quizás los consejos de Santiago sean, ahora, una letanía invisible en el oído de quien lo espera. Quizás también nosotros podamos escucharlo, pero el cotorreo de Urraca y de Celeste, desde los cielos, no nos deja oír, no nos deja respirar: ni una palabra.

UNA BATALLA PERDIDA

Desde la puerta, Martín observó una escalera alta y se imaginó un par de muebles y un salón con retratos. Tres escalones arriba, descubrió que sus zapatos chillaban y que la madera del piso chillaba más. Comenzó a pensar que toda la casa había sido construida con montañas de papel periódico y decorada con tiras de avisos clasificados. Eso pensó más arriba.

—¿Periodista?

Tenía que subir toda la escalera.

—¿De qué diario, dijo?

Una alta escalera con descansillo, timbre y verja. Verja pintada de verde. Un verde gastado y agrio.

—¿Un periodista sin empleo? ¿Quiere decir que le pagan por artículo?

Martín comprobó que en verano todas las escaleras son altas y no se las puede subir silbando.

—Más o menos, ¿cuánto le pagan?

Llegó a la última grada.

—¿Soltero? ¿Comprometido? ¿Quién le dará la garantía? ¿Por cuánto tiempo necesitará el departamento?

No había terminado de hacer el recuento de preguntas que le habían dirigido los arrendadores de departamentos. A la altura de su brazo estaba el timbre. El timbre junto a una tarjeta: "Alfredo Laveluis", quien luego estaría preguntándole las mismas cosas. ¿Y si declaro otra profesión? Miró hacia la puerta de salida y todo el

panorama era ámbar como si estuviera mirando por el pico de una botella de cerveza.

—Pase, doctor. Pase adelante.

—Pase, doctor —volvió a escuchar—. Se lo decía un hombre sesentón y gordo con modales antiguos, raya en medio y sonrisa de comerciante.

—Se lo ruego— agregó el hombre con una venia más reverente. Martín no sabía si aquél estaba haciendo de chino o de caballero anacrónico.

—Laveluis, a sus órdenes. Mi apellido es francés. Mis abuelos fueron franceses. Un abogado es siempre bien recibido en esta casa honorable. Me imagino que el doctor querrá ver el departamento. Pase por aquí.

—Señor Lave...

—Laveluis, para servirle. Éste es nuestro perro.

—Es que yo...

—No se preocupe. No muerde nunca, está bien asegurado.

—Pero está ladrando.

—Solamente se alimenta de deudores morosos. —El señor Laveluis para servirle ensayó una risita. Después, transformó su risita en otra venia.

—Como verá, estamos pintando la casa. La casa es grande y cómoda y la hemos dividido en departamentos. Éste es el que alquilamos. Vea usted la sala, sus muebles. ¿Qué le parece la araña...?

Martín quiso limpiarse el sudor con la mano izquierda y el señor Laveluis se la estrechó complacido. Era verano. Hacía calor.

—Eso es lo que necesitamos en este país. Jóvenes como usted. Todo un profesional. Cuando escuché su llamada telefónica lo creí de más edad. ¿Tendrá usted veinticinco? Éste es el dormitorio y la cama. A propósito ¿y la señora? ¿Cuándo la traerá?

—No soy casado.

—¿Cuándo, dice? Porque recordará que en el aviso...

—Ese no es problema, me casaré. Es decir, estoy de novio. Me casaré dentro de un mes

—Eso es lo que recomendaría yo a los jóvenes. Por eso puse el aviso. Los hombres casados representan seriedad. Los solteros...

Martín se tocó el bigote.

—Los solteros... se dan casos en las mejores familias.

—¿Perdón?

—Éste es el lavadero.

—¿Cómo dice?

—El baño es común pero casi nadie lo ocupa. El de al lado es para nosotros, para mi señora. No se preocupe, el de los inquilinos también será pintado.

—¿A qué casos se refiere, señor Lave...?

—Se escribe... La...ve...luis. Se pronuncia Laveluí. Ya le estaba contando que mis padres son franceses.

Firme aquí... Es una tontería. ¡Para qué le voy a decir dónde firmar! Usted es abogado. Un joven de talento que hará carrera. Ya lo estoy viendo, lo veo pisar los más altos escalones del foro. ¡No, no, allí no! Firme sobre la línea punteada. Usted y yo vamos a ser grandes amigos, doctor. Grandes amigos. Usted necesita relacionarse. A ese respecto hablábamos con el doctor Alemán, el otro día. Usted, por supuesto, conoce al doctor Alemán. ¿Que no lo conoce?... Personalmente, no, me supongo. Porque usted es muy joven todavía pero querrá conocerlo. El doctor Alemán me decía lo importante que son las relaciones para el abogado que se inicia. Sin relaciones, el doctor Alemán no hubiera llegado a ser lo que es. ¿Qué es? ¿Me lo está preguntando, doctor? Usted es un bromista y eso está muy bien porque los jóvenes profesionales deben tener sentido del humor. Así es el doctor Alemán, tan jovial. Venga y le mostraré algunas

fotografías. Aquí estamos en un almuerzo. No ése no. Es el portero. Aquí, el calvito de lentes. El que está con mi señora. Junto a ella.

—¿Con su señora?

—Con la mía. El doctor Alemán viene a casa continuamente y somos grandes amigos. Espere. Lo voy a llamar. Éste es su número... su número. Aló... aló... Doctor lo llamaba para saludarlo. Casualmente está aquí un joven colega suyo. ¿Cómo dice? ¿Que me espera para almorzar mañana? ¡Qué honor!... No se preocupe, es un joven prometedor. Se alojará en el departamento que estamos alquilando y no se irá sin despedirse. ¿Cómo dice? Claro, le daré saludos. Hasta luego. ¿Ha escuchado, joven doctor? El doctor me invita para mañana. Lo he llamado a su residencia, a su teléfono privado. Nadie conoce ese número.

—¿Me podría decir la hora, señor Lave...?

—Laveluis... Esta es mi tarjeta. ¿Me dará la suya, doctor?

—Mi tarjeta. ¿Mi tarjeta? —Martín había encontrado una oportunidad para acabar con todo ese juego. La noche anterior le habían entregado una tarjeta de propaganda: "Dancing Bar. Diviértase con chicas bonitas. Pase noches alegres. Precios cómodos" y al reverso: "Happies Nights Pretties girls (para marineros)". Decidió obsequiársela al señor Laveluis, dueño de una casa honorable. Demoró en decidirse.

—No se preocupe, doctor. Ya me entregará su tarjeta en otra ocasión. Veo que sólo le queda una. Guárdela.

—Aquí la tiene —Martín alargó el Dancing Bar al viejo comerciante, hijo y nieto de padres franceses y de abuelos galos.

El señor Laveluí aceptó la tarjeta, tomó a Martín por la solapa, encontró el bolsillo superior derecho del saco, guardó en el bolsillo de Martín el Dancing Bar con sus bellas chicas.

—Guarde su tarjeta no sea que se encuentre con un

cliente importante esta mañana. Ya me la dará en otra ocasión. Usted y yo vamos a ser grandes amigos. Ya lo creo, grandes amigos.

—Querido doctor. ¿Cuándo dijo usted que se casaba? Quería preguntarle. Pasaba por su puerta y se me ocurrió. Pensé: el doctor estará trabajando. Está solo. Un joven de provincias sin muchos conocidos en la capital. Y he venido para hacerle un poco de compañía. ¿Dentro de un mes, dijo?

—Un mes.

—Y la novia ¿de la capital? ¿De la capital? ¿Comprovinciana?... Oh, bueno, no se preocupe.

—Señor Daveluis. Señor... *Daveluí no estoy solo no necesito tu compañía bellísima. Se pondrá usted triste si le digo...*

—¿Y mientras tanto?... No sea corto, soy su amigo. También he sido joven y lo comprendo. Soy un viejo criollo y eso que no le cuento. Bueno, sobre eso quería hablarle. Como comprenderá, no me gustarían fiestecitas en su departamento. Ni amigos con amigas. ¿Me entiende? Usted sabe a lo que me refiero.

—Señor Daveluis.

—Laveluí, para servirle.

—Mire, *mire, cierre sus alitas, deje su arpa, cuelgue su violín, váyase a.* Mire, yo creo que podré venir al menos con mi novia. Quiero decir solamente con ella *me ha vencido.* No tendrá que decir *qué decir.* Entiendo que no tendrá qué decir.

—A eso quería llegar. Eso es lo que yo buscaba: su franqueza. Señor doctor. Tiene en mí un amigo. Un amigo.

—¿Su nombre dijo?

—Laveluis, en francés.

—¿Es suya la casa?

—Laveluí, Laveluí, para servirle.

—¿Su mujer y Alemán?

—Para servirle.

—¿Y esos santos en las paredes? ¿Sus parientes?... ¿Sus parientes santos colgando en las paredes? ¿Juana de Arco canta en mi puerta? ¿Es esta casa el Purgatorio?

—Para servirle.

—¿Su mujer y Alemán?

—El Purgatorio, no. Una casa honrada. El doctor Alemán...

—El alemán en las paredes. ¿Con los santos?

—El Purgatorio.

Un olor de madera en medio del olor verduzco de petróleo, de santidad quemándose en mi puerta, y luego y después, ese otro olor hermoso subiendo las escaleras. Como un olivo. Que va subiendo. Dos sombras flacas, nosotros. Aquí no está Laveluí, no te preocupes que lo he inventado y es un cuento. Ese color que va subiendo las escaleras. Nosotros que vamos subiendo las escaleras que dan a un patio interior que nos conduce. Al purgatorio, no. Y luego, tú y yo que vamos subiendo. Nadie va a saberlo. Hace calor aquí porque nos queremos de verdad. Y después tu sombra que es una sombra que va subiendo las escaleras. Y después y también luego esos sonidos. No te has puesto los tacones altos. Como dos gatos. Que van subiendo las escaleras. Encontraremos un reloj a la entrada de mi departamento, del nuestro, de la casa que se nos entrega —Laveluí no existe— tus manos que van subiendo por la casa que va subiendo. Un reloj que marca el inicio de la primera guerra y la muerte del zar, el episodio en Verdún y los balazos que recibió Al Capone.

No te preocupes, ve subiendo. Sube María. Como si

juéramos un fuego. Un solo fuego largo saliendo del infierno. Un fuego claro. El demonio no existe ni parla ni grita ni pasta en las escaleras. Laveluí no es dios ni es demonio. Dios gritando. Pero un viento claro que va subiendo las escaleras, verdemaría. María.

La huella de tu cabeza en mi almohada. Déjame que guarde que no se oscurezca para siempre este alto rincón, este sueño. He tomado la casa de aquél que guarda el Purgatorio. Para que tú vengas, he dicho, le dije.

—Usted comprenderá. Puedo venir con mi novia.

Y si juéramos dos claros, dos aguas a dos aguas, el agua invadiendo los dormitorios, tus piernas, un viento, la arena, una sábana blanca, tus pechos, ven que vamos subiendo juntos. Ven que vamos soñando.

Un guardia grande en el fuego. Un guardia gordo. Un guardia colorado de nariz francesa. Un guardia de uniforme, descamisado, descorbatado.

—Soñando, de nuevo con sus pesadillas, doctor Martín. ¿No sería bueno que fuera usted a un doctor? Porque yo puedo recomendarle. Le recomendaré uno muy bueno. Justamente...

—No me despierto.

—Es mi deber, joven. Usted debe estar enamorado. Ya le he dicho. Confianza, qué le parece. Bueno, es falso que le esté recomendando un doctor. Cuénteme a mí. Un hombre viejo con experiencia. Un amigo. Un viejo amigo suyo desde siempre.

¿Para siempre?

—Siempre le he dicho que puede usted confiar, que me pregunte.

—Su nombre, dijo...

—Está usted soñando. Todavía no se ha despertado.

¿Es usted dueño de esta casa o del purgatorio?

—Todo un joven profesional.

—¿Cuánto tiempo he vivido en su casa, señor arrendador? ¿Por cuánto tiempo?

—Soy su amigo y puede confiar en mí. Un joven provinciano.

Siempre ha sido dueño del purgatorio.

—El dormitorio es espacioso.

—Es un escándalo que usted sea dueño de este extenso purgatorio. Mi madre decía que con dos avemarías *maría*

—Siga durmiendo.

—*Es un escándalo, el purgatorio de un dueño. Extenso valle de aires. Y un aire. María vamos subiendo.* No me despierte.

Señor Laveluí, no ronde por las escaleras porque se va a chocar. No ronde por mi conciencia ni por las cerraduras. Usted siempre rondando. Tenga cuidado, un tropezón y rodará las escaleras. Por llegar tarde. *Señor Laveluí, no me interesa su amistad y al doctor Alemán no lo quiero conocer. Nunca me ha interesado el Derecho, señor Laveluí, Arcángel venerable. No soy devoto. Solamente estoy alquilando el departamento que ofrecía pero no me interesa cultivar su amistad.*

Déjeme roncar, Laveluí. No quiero tener su cara al frente, sus ojos de mosca mirándome por mil lados, hurgando mi último conocimiento del derecho y del acto jurídico. No se concilian. Déjeme roncar.

No se lo permito. Métase en lo suyo. En qué mal momento le dije que de Trujillo. Sus calles limpias y sus azoteas blancas. *Eso es falso, Laveluí: Trujillo no tiene azoteas ni relojes. Lo dice usted que nunca ha salido de su extensa casa. ¿Por qué no espera hasta el Día del Juicio para conocer mis violines y mis virtudes?*

No crea, escuché el bipbip de su llamada fingida marcando ocupado mientras hablaba con el alemán. No lo

contaré a nadie. No he dado mi dirección a nadie. No quiero ser amigo de nadie por eso he venido a su "regio departamento con sala-comedor y dormitorio". Eso decían los avisos clasificados. No me salude Laveluí hasta el fin de mes.

—Mesiemar... mesiemar... mesiemartín. Mesié Martín, yo también hablo francés.

Francés bailante usted que se ha puesto una capucha para conmemorar el triunfo de la Inquisición la noche de San Bartolomé el casto en noche de triunfo cuando estoy soñando con las chicas bellas de "diviértase en el dancing bar" viene usted con las monjas y los monjes a saludar la muerte de un hereje. No baile Laveluí porque me hace mal. La muerte de un hereje no es pretexto para su santidad loca de arrendador, hombre de bien, amigo de abogados. Vienen las monjas y cantan.

—Mesié Martín.

Bailan metidas en el mar, en el mediocontinente. Oh, no bailen, no bailar. Viene ahora aquella cuyo nombre no he de decir porque es un nombre verdadero. Nombre de aquella que he inventado.

Laveluí, usted de nuevo, no se meta en mis sueños. Quítese la capucha parda para meterse en sueños. Laveluí sancebolla... sancebolla.

—Señor Martín. Señor doctor. Lo he escuchado gritar. Disculpe que me meta en su pesadilla. Usted es frío y duro. Así me dijo. Me dijo que no quería tener amigos pero yo sé que miente. Por eso vine a despertarlo. Debe ir al trabajo o buscarse uno. Lo he venido a despertar y tuve que buscarme una llave. No acostumbro. No se preocupe si no puede pagarme este mes. Comprendo a los jóvenes prometedores y entusiastas. Lo oí gritar y ya que está despierto, le contaré que sé decir en francés Mesié Martín porque mis padres fueron franceses.

—Señor Laveluí para servirme.

—A sus órdenes, doctor. Mi esposa le ha preparado el desayuno.

—No quiero desayunar.

—Tenga confianza. Deje su cortedad. No, señor doctor. Le hablaré a mi amigo, el doctor Alemán y usted tendrá clientes importantes. No tendrá por qué estar escribiendo durante todo el día sin comer. Sin comer. Doctor Martín, es usted mi protegido.

—¡Señor Alemán!

—He visto las fotografías, esas fotografías raras frente a su mesa de trabajo. No las comprendo. Le voy a obsequiar una del General Orden y Trabajo. El General es amigo de un primo. ¿Saldrá usted a buscar trabajo?

—No quiero desayunar.

—¿Cómo dice, doctor? He venido a despertarlo.

—Entonces era usted.

—Vine a despertarlo porque comprendí que necesitaba que lo despertasen. Ahora, si me permite, pasaremos a desayunar. Lo acompañaré.

—Señor Laveluí, no acostumbro...

—Se acabaron sus problemas, doctor. A propósito ¿habla francés?

Un sonido blando de zapatillas que se deslizan. Laveluis está probablemente cerca del departamento de Martín. Un sonido que va creciendo entre los varios silencios de la noche hasta tornarse amarillento repiqueteo, rumor de aves trágicas, ala de un pájaro torpe, muerte asombrosa de una mosca. Los pasos del francés, del arrendador hijo y nieto de padres franceses y abuelos galos. Los pasos del arrendador caminando sobre el pecho de Martín que buscaba la soledad y que probablemente la estaba hallando en ese sonido blando, gelatinoso y aplastante. Las manos del arrendador sobre la garganta de Martín que las espera y las teme. Sube y se acerca Laveluis, Laveluis para servirle, para hacerle compañía, para darle consejos sobre la vida y las mujeres, sobre las paredes amarillas y el agua que gotea, sobre las relaciones que hay entre los seres humanos. Antes de la otra vida que siempre está

anunciada por un sonido blando, de lejos y de cerca, por un chasquido, por unos pasos que interminablemente no llegan con la persona que está esperando Martín.

Sube Laveluis sin alas, en persona, en zapatillas que resuenan como un gotear de cosas. Como los pasos de una mosca que está aumentando de tamaño. No es que salte un grillo sobre la resonante mesa de trabajo donde Martín escribe. No es una época de grillos porque en Lima no llueve, no está lloviendo ahora y los grillos nacen de la lluvia, vienen del agua por espontánea generación de unas amebas que alcanzaron tardíamente a fructificar en grillos.

Ha de llegar una mirada sin pasos y sin ojos, sin futuro, sin pasado y sin presente, sin dudas, sin observaciones, sin retardos. Ha de llegar puntual una mirada que Martín teme y espera. Una mirada sin pelos, sin persona, sin época y sin guerras, sin pestes y sin alegrías, sin exactitudes y sin matemática. Una mirada sin locura, sin miedo, sin suerte.

Sin la suerte que tuvo Martín cuando encontró este departamento —sala, comedor y dormitorio— cuyo dueño es servicial, tiene modales, es hombre que ha vivido y que calza zapatillas de número tal vez cuarentidós como cualquier hombre normal que a la altura de los cincuenta las arrastra. Sin la suerte de Martín que encontró un amigo que le va a indicar cómo proceder en la vida, cómo saborear las viejas experiencias. Sin la suerte de Martín que encontró solución a la idílica necesidad de un hombre solo e independiente en la idílica discreción de un departamento —*Recuerde Martín doctor que soy su amigo, un amigo discreto*— en el idílico sonido de unas escaleras con tablones de madera por dónde sueña que conducirá a su futura compañera, los tacones lánguidos —*Sube despacio pero haz sonar los tacones* —tacones que no resuenan, los tobillos que suben como dos gatos enamorados de color negro y de brillantes luces en los ojos. Sin la suerte de Martín que se había consi-

derado hombre sin suerte hasta que encontró a María que en sueños, siempre en sus sueños, está subiendo las escaleras hasta el último escalón que nadie ha subido antes.

—*Puede usted considerarse un hombre con suerte, joven profesional afortunado porque encontró un amigo.* Al final cerca de la puerta de su departamento sigue llegando el gelatinoso sueño de unas zapatillas que aspiran a llegar en la escala de los sonidos hasta el sonido último, hasta el compás final en la mirada temerosa de Martín el que espera unas zapatillas que se van arrastrando hasta llegar a ser un viejo y tradicional sonido amarillento. *Llegar a ser profesional. El sueño de toda mi vida. ¿Qué le parece, querido doctor?* —Martín espera ese sonido exacto y francmasónico, un badilejo que está blanqueando las paredes como si el señor Laveluis arrastrara tres zapatillas por las paredes de la casa donde antes no vivió ninguno.

—*¿Ha sido usted siempre el dueño de esta casa?*

—*Siempre lo esperé para servirlo,* cuyas puertas están abiertas. *Hasta las nueve en punto. Después use su llave* y dan a una escalera por donde Martín voluntariamente ha subido de nuevo como todos los días cuando buscaba un departamento.

—*¿Ha sido usted siempre?*

—Siempre tendrá un amigo.

...el dueño del Purgatorio ¿siempre?

un departamento ideal para hombre solo e independiente —lo que Martín desea— por eso esta tarde entró decidido a exigir una garantía de su independencia. Entró decidido. *Decidido, un joven profesional decidido* a decir todo lo que tenía que decir *que no se apoca ante la vida* que no es un abogado, que escribe, que no le importa aquello de las profesiones —*No me gustaría, doctor, que usted dijera eso*— que lo dejen soñar por las mañanas cuando llega ese olorcillo de ángeles pequeños y en ayunas que juegan y están tintineando toda la santa

mañana del domingo hasta que llegan los suplementos de los diarios.

—*Se duerme bien aquí, doctor. ¿No es así?*

y mandar a los infiernos al que hace comentarios hípicos acerca de los sueños. Quiere proclamar sus derechos y está buscando al hombre que desea ser su amigo. Y no lo encuentra.

—*El señor Laveluis ha salido muy temprano.*

—*¡Qué raro! Pensé que siempre estaba en la casa, que no podía salir,* muy temprano se ha dirigido a un Ministerio donde va a recomendar a un amigo —*Porque quien tiene padrinos se bautiza.* En el infierno, piensa Martín.

Está esperando una mirada del tamaño de las cosas que ha estado esperando en la ilicitud de los varios sueños que suenan en Martín.

Los ojos pardos y falsos de un juez negro y vestido de negro: el perro de Laveluis husmea tras una ventanilla de cristal y Martín le grita:

—¿Juez?... ¿Juez eterno?...

—¿El Duque Nuez?

—Escuché que usted llamaba "Nuez" al perro que está en la ventanilla. Ese no es su nombre.

—Eterno juez...

—No se acostumbra todavía a su presencia y por eso está ladrando y ladra cuando sube las escaleras. Es un buen guardián.

—Guardián de los infiernos.

—Yo sé por qué dice esas cosas doctor y había pensado hablarle esta misma tarde. Póngase cómodo... Estaba pensando ¿qué hará el doctor Martín a estas horas? Seguramente, salió a comprar cigarrillos. Me hubiera avisado y mandaba al muchacho. ¿Qué le parece mi casa? Así soy yo. ¿Qué opina sobre la moralidad que se observa en esta casa?

La casa de un perro negro y muy moral y del señor

Laveluis quien ha hecho pasar a Martín a la sala porque tiene algunas cosas que decirle.

—Quería preguntarle. Esa señorita ¿es su novia? Me refiero a la señorita que estaba subiendo ayer cuando el perro se puso a ladrar. Entonces, ustedes se fueron. Bajaron corriendo. ¿Es su novia?

—Señor Laveluis —Martín trató de carraspear como un viejo—. Soy un caballero independiente y habíamos convenido...

—Laveluí, así se pronuncia. Habíamos convenido doctor que usted me la iba a presentar y que mi esposa le invitaría a un lunche. Habíamos convenido que usted no traería mujeres a la casa. Comprendo a la juventud y esas cosas pero a esta casa no entran mujeres. Es respeto, sencillamente. Que su novia. Muy bien, muy bien. Pero la trae aquí, a ésta mi sala. Aquí conversan ustedes, se distraen. ¿A su novia le gustan los valses?... Aquí podemos tomar un lunchecito. Podemos conversar. ¿Ella es limeña o provinciana? ¿Qué opina usted sobre la moralidad en esta casa? ¿Le gusta nuestra forma de vida? Una casa honorable por fuera y por dentro. Y así va a ser siempre. Cuando usted se case no le gustaría que su esposa reciba amigos. Eso no lo voy a permitir, cuando usted está fuera, en el trabajo, digamos. No lo voy a permitir.

—Señor Laveluí ¿su esposa y el alemán?

—El doctor Alemán y yo podemos ser sus testigos y padrinos de matrimonio. Me daría mucho gusto representar a un joven solo que se está abriendo un camino y que ha conquistado una profesión honorable. Me daría mucho gusto ofrecerles la casa para que aquí hagan la fiesta. Será una bonita fiesta. Yo estaba pensando. Una bonita fiesta.

La fiesta que se están perdiendo mis amigos si me vieran aquí controlado en mi departamento sala-dormitorio-comedor para hombre-solo-independiente. Moral y venerable. Laveluí perro venerable negro perro de bur-

del de veneración con tus ojos mirándome, acaba de una vez, laveluí metido en tu caparazón color de santidad, vejestorio sin mácula.

Sin mácula.

—¿La Inmaculada, ha dicho doctor? Me parece que sería mejor la de la Buena Suerte. Bella iglesia. Muy cerca de aquí. Precisamente, ayer estaba conversando con el párroco, un hombre muy comprensivo y le decía que un joven profesional piensa casarse. Le explicaba sobre su situación económica. No sale a comer, le decía, y finge estar escribiendo para no salir a comer. No tiene amigos ni clientes y dice que está muy ocupado, que ha tomado el departamento porque quiere escribir. Festejábamos la ocurrencia. El párroco, hombre muy comprensivo, se puso un poco sentimental.

—Pero, Laveluí...

—No se preocupe doctor. Yo comprendo su situación. No quiere usted decirme pero comprendo. Olvídese del pago de este mes. Ya sé que es un caballero y que tiene toda una carrera por delante. He conversado con mi esposa, sabremos comprender. A usted y a la joven que desposará les daremos una pensión de comida. Me paga cuando puede. Cuando pueda.

—¿Cómo puedo hacerle comprender?

—¿Orgulloso?... Guarde usted su dinero. Deje eso... Espere, tengo una idea. ¿Cuánto me está dando? Se lo guardaré y usted me pedirá. Le iré dando cuando necesite. ¿Cómo consiguió este dinero?

—No pienso...

—Bueno, bueno. Deje su orgullo. ¿En qué quedamos? ¿El lunes?

—¿El lunes?

—Entonces acepta. Le diré a mi esposa que prepare un buen lunche. Vamos a conocer a la novia del doctor Martín. Eso le diré.

—Pero señor Laveluí, yo no le he dicho...

—La primera palabra vale. Un caballero siempre la cumple. ¿No es así?

—Mire usted. No pienso presentarle...

—Un momento, doctor. Está sonando el teléfono. Voy a contestar... General, sí, general...

Laveluis tapó con su mano la boca del fono para dirigirse a su inquilino:

—El general me está llamando. Eso es tener relaciones.

Amigo eterno que me ha estado esperando, el esperado por nadie, el esperado. Bendito sea el que viene por el corredor, el que ha subido las escaleras en una tarde clara de domingo. Bendito el que arrastra un color amarillo lejano que va llegando —Laveluí, Laveluí, en francés— *desde un país de lejos, desde la pieza de al lado donde los ángeles se impacientan. Hosanna el que va llegando para ofrecer su amistad, el que viene desde la Iglesia de la Buena Muerte, desde la pieza de al lado viene arrastrando la luz porque ya es tarde y las lámparas eléctricas no iluminan fácilmente mi habitación y traerá unos cigarrillos negros como los ratones que caminan.* Como en su casa *la enseña de la fe cristiana.*

—Vengo a traerle joven profesional *las claridades que yo he adivinado en el silencio de mi falta de compañía, el run run pardo mudo de los ratones pardos mudos ciegos, un reloj que está señalando el mismo tiempo. Hosanna, hosanna el que viene de los ministerios y es amigo de los ministros y de los secretarios, el que ha sido compañero de escuela del general, el que ha sido hecho heraldo y apóstol* por decreto supremo *aquél a quien* usted querido doctor *no se puede volver la cara.*

Hosanna, hosanna el que trae una carta de recomendación *lo resuelve todo, el que no ha pisado jamás los consultorios de los médicos, empeñados en* sacarle a usted su plata. *Hosanna, hosanna aquél que* le estoy señalando un camino *y espera el frío de mi mano agradeciéndole el camino, agradeciéndole* la virtud, *hosanna.*

En las azoteas, hosanna; en las ventanas que dan a la avenida, *hosanna, aquél que luce su noble faz de sacrificio cerca del degollamiento, hosanna* —Comprenda usted doctor— *el que nos está observando cuando subimos las escaleras. Aquél que nos está observando en las sombras de todas las regiones. El que nos observa desde la ventana que da a la avenida cuando te estoy invitando a que pases. Hosanna, el que vuelve su rostro iluminado, su divina faz con clavos como Laveluí.*

—Usted viene sin afeitarse.

—¿Querido, doctor?

—No me despierte —*extendiendo la palma de la mano me dice querido doctor sin que le haya dado motivo y me anuncia que* tiene usted un futuro por delante. *Hosanna el que ofrecerá su cuello para que yo lo estrangule* con toda mi experiencia *para que lo apriete con mis dedos agarrotados en la máquina de escribir donde* estará usted escribiendo hermosos recursos, *cabeza que yo mostraré en el degollamiento* que yo mostraré sus hermosos recursos al doctor Alemán *cabeza que yo mostraré al alemán para que se alegre* En el futuro, piense en el futuro *de la sangre sin resolver que yo mancharé mis dedos con la sangre* De sangre francesa todos los miembros de mi familia *la sangre de* Laveluí para servirle *la sangre hasta el día del Juicio*— Si no tiene usted juicios, yo y el doctor Alemán se los conseguiremos.

Hosanna, hosanna, el amigo del Notario, del juez, del abogado, del Ministro —También soy amigo del Párroco de la Iglesia de la Buena Muerte donde usted querido doctor Martín contraerá matrimonio con la señorita, con la señorita ¿Cuándo me la presenta? Ya sabe que yo y mi esposa estamos deseosos de conocerla y de invitarle un lunche *el amigo de Dios, compadre del doctor Alemán* — Mi compadre y yo seremos sus padrinos — *oh, dios ¿por qué no te llevas a tu siervo? Te voy a ayudar*

si quieres Porque la servidumbre, querido doctor, está muy levantada — *tu siervo no se levanta tarde como* usted querido doctor *pero mata mis sueños.* — Deje de dormir, joven profesional, deje de estar soñando — *Hosanna, señor, porque te ayudaré a llevar a tu querido siervo Laveluí* — Si la servidumbre no lo atiende, avise — *a su querida cara de maestro bondadoso, al estruendoso azul eléctrico de su bata con estrellas, al sonido blando de sus zapatillas arrastrándose, de su risita caritativa cuando usted* querido doctor *estoy escribiendo* Un bello recurso *para que no lo lean los serafines, para que no lo lea el insigne alemán que da lustre al foro* — El doctor Alemán, mi amigo, cuya foto está aquí junto con mi esposa. Somos muy amigos.

Hosanna el que piensa, el que murmura. Hosanna el que no tiene bigotes pero...

—No se ha afeitado, señor Laveluí y viene a hablar conmigo.

—¡Querido doctor!

—Le puedo prestar una máquina.

—Doctor Martín, es usted un bromista. Un brillante joven con su futuro asegurado.

—Si no se afeita cuanto antes. lo denunciaré ante la Policía. Viene a interrumpir mis sueños. Lo denunciaré ante la Policía.

—Está soñando, doctor. No niego que la juventud deba soñar. Tiene un título. Tenga usted juicio. Un título es lo que debe aspirar un joven.

—*Hosanna...*

—Éste es el último día —dijo Martín.

—¿El último día de quién?

—El último día. Y vamos a celebrarlo —descorchó una botella de pisco. Había repletado de sillas y de amigos la sala de su "departamento-sala-comedor-dormitorio".

—He dejado abierta la puerta de la casa. Cuando vengan los otros muchachos, que vayan subiendo y que metan toda la bulla que puedan.

Que hagan bulla. Prendió el tocadiscos y abrió otra botella.

—Los he invitado porque es el último día —volvió a decir y sus amigos se convencieron que era el último día al ver tanta botella. No insistieron en preguntar de quién o de qué era el último día.

—¡Cómo no nos habías dicho!

—¡Viva el último día...!

Dieron vivas y muertes al último día, a la C. C., a los beatles, al gobierno, a los cigarrillos mentolados. Zapatearon.

—Había una vez un dinosaurio —comenzó Martín—. No era un dinosaurio. Era un viejo rh. negativo. Érase un viejo con viejas zapatillas de saltimbanqui.

—¿Y lo has matado?

Comenzó a narrar la historia de Laveluis y de su asedio.

—¡La pijama de Laveluis... La pijama de Laveluis!

—Formaba parte del Coro de Caballeros que custodian al Señor de la Iglesia de la Buena Muerte. Por la noche, volaba y quería ser mi padrino. Se lo rogaba a Dios. Érase un viudo negro y con alas. Un perro anciano... Laveluí ¿me escuchas?

—Nada de discursos. ¡Muerte a Laveluí!

—Estoy tratando de que se despierte. Su cuarto está enfrente. Griten muchachos. Griten más fuerte.

—¡Que despierte Laveluí... Que despierte Laveluí!

—¡Último día... Último día!

viva el último día de Laveluí. Un poco más y estaré libre. El último día del mes y dejaré este cuartucho. Viva el día en que me largo, en que tomo un barco, un barco pequeñito en altamar.

—Otro trago. —*Un barco pequeñito. Vamos a tomar*

un trago y que reviente Laveluí—. Otro trago —*que reviente*—. Otro trago.

—Despierta Martín. Los muchachos quieren romper la puerta de Laveluis.

La puerta de Laveluis, alta, pesada, blanda, en zapatillas. Abriéndose como un par de alas, la puerta. Como el ala de un viejo pájaro. Viejo pájaro, vas a morir. Volarás pesadamente. Honorable alma del que no vuela, del que se va pesado y se arrastra en zapatillas verdes y avanza hacia su próxima muerte. La puerta de Laveluí.

—Más trago.

—¿Estás rezando?

Rezando a la Iglesia de la Buenamuerte para Laveluí.

—Otro golpe.

—¡Abajo!

—Fuera, abajo. Viva Claudia Cardinale.

viva la libertad que muere junto a la ternura del hijo del hombre sacrificado en un palo.

Y luego estará haciendo un adiós reverente antes de irse. Es capaz.

—Despierta, Martín.

—Está soñando.

—Despierta que ya lo tenemos. Tenemos a Laveluí. Ha salido de su cuarto. Está aquí con nosotros. Lo tenemos. En tu departamento. Acaba de entrar.

Acaba de entrar el que llegó volando del infierno. Y luego diré: Y bien, señor Laveluí, aquí me tiene, he venido con mis amigos para meter un escándalo en su casa de habitaciones altas y espaciosas. En mi departamento. Éstos son mis amigos. Puede poner sus discos. A veces me gusta escuchar sus tangos. Me gusta que malena cante el tango malena canta el tango *y por la mañana se cepilla los dientes...* malena canta el tango... *he venido para meter un escándalo.*

—Despierta.

—Malena canta el tango, el tango...

—Despierte. Está durmiendo. Habla dormido. Despierte, Martín. Doctor, despierte.

Despertó Martín. Era una clara mañana y un claro domingo y el claro Laveluí junto a él con la claridad de un claro día sin más sueños.

—Despierte, doctor. Los muchachos ya se fueron. Sus amigos. También mis amigos. Los amigos de esta casa honorable. Buenos muchachos, algo bromistas. Pero nos hicimos muy amigos. Lástima que usted se quedara dormido. Han prometido volver. Los invitaremos para que vengan el día de su matrimonio. Vamos a botar la casa por la ventana. Tiene usted buenos amigos. Ahora, se levantará usted y tomará un duchazo. Vaya a telefonearles y dígales que estoy muy agradecido por su visita de anoche y que cumplan su promesa de volver. Que el señor Laveluis los está esperando. Que quiero tenerlos en mi casa un día de éstos. El día del matrimonio de usted doctor. Ya he fijado la fecha. Será en la Iglesia...

—¿De la Buena Muerte?

—Exacto, de la Buena Muerte. Hace un bonito día. Levántese temprano. El desayuno. Después, se irá a tomar un paseíto. Se ha ganado un paseíto en domingo, doctor Martín.

Martín estornudó como un soldado en la derrota y se dijo que el día era bello y lo alabó y alabó la música de las esferas y de malena y la alegría de los transeúntes y del sol en los edificios altos. Martín bajó las escaleras silbando, zapatos resplandecientes, bajó las escaleras, peinado, arreglado, buenmozo, hombre de domingo. Y se dijo que el domingo era seco y anaranjado mientras resplandecía en la avenida Tacna, un domingo con sabor de batallas perdidas y de naranjas agrias. Bajó las escaleras.

ÍNDICE

Batalla de Felipe en la casa de palomas 9
Muerte de Dimas 15
De cómo mirar pájaros y de una casa de campo 19
El pacto 23
Toro 27
Materia Angélica 31
Salvador y los caracoles 41
De Lina, del dragón y de la tercera ventana 45
Apariciones del Ángel y Constanza 53
Crónica de los zumbidos 63
Vuelas en redondo, ángel de mi guarda 75
Muertes y resurrecciones de Santiago el Viejo 83
Una batalla perdida 89

NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA

JORGE W. ÁBALOS: *Shunko.*
JORGE W. ÁBALOS: *Norte pencoso.*
MARCOS AGUINIS: *Refugiados.*
MARC ALDANOV: *Santa Elena, pequeña isla.*
CIRO ALEGRIA: *El mundo es ancho y ajeno.*
JORGE AMADO: *Doña Flor y sus dos maridos.*
JORGE AMADO: *Gabriela, clavo y canela.*
ENRIQUE AMORIM: *La desembocadura.*
ENRIQUE AMORIM: *Corral abierto.*
ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *El grimorio.*
ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *Vigilia. Fuga.*
ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *El gato de Cheshire.*
JOSÉ MARÍA ARGUEDAS: *Los ríos profundos.*
JOSÉ MARÍA ARGUEDAS: *Todas las sangres.*
ANTONIO ARRÁIZ: *El mar es como un potro (Dámaso Velázquez).*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *Hombres de maíz.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *Viento fuerte.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *El señor Presidente.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *El Papa verde.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *Los ojos de los enterrados.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *Mulata de Tal.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *Week-end en Guatemala.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: (Premio Nobel) *Maladrón.*
ARTURO BAREA: *La forja de un rebelde.* I. *La forja.* II. *La ruta* III. *La llama.* (Un tomo.)
DIEGO BARRACHINI: *Ariadna en la ciudad.*
EDUARDO BARRIOS: *Los hombres del hombre.*
RICARDO BENÍTEZ DE CASTRO: *La iluminada.*
EDUARDO BLANCO-AMOR: *La catedral y el niño.*
JOSÉ BLANCO AMOR: *Antes que el tiempo muera.*
JOSÉ BLANCO AMOR: *Duelo por la tierra perdida.*
JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES: *Los orilleros. El paraíso de los creyentes.*
PEARL S. BUCK: *El patriota.*
GEORGES CALINESCU: *El enigma de Otilia.*
ITALO CALVINO: *Idilios y amores difíciles.*
ITALO CALVINO: *Memorias y vida difíciles.*
ALBERT CAMUS (Premio Nobel): *La caída.*
ALBERT CAMUS (Premio Nobel): *El exilio y el reino.*
ESTELA CANTO: *El retrato y la imagen.*
ALEJANDRO CARRIÓN: *La espina.*
GABRIEL CASSACCIA: *La babosa.*
ERNESTO L. CASTRO: *Desde el fondo de la tierra.*
ERNESTO L. CASTRO: *Campo arado.*
ERNESTO L. CASTRO: *Nuestra débil carne.*
CLEMENTE CIMORRA: *El caballista.*
IVERNA CODINA: *Detrás del grito.*

IVERNA CODINA: *La enlutada.*
ROSA CHACEL: *La sinrazón.*
JOSÉ CHUDNOVSKY: *Pueblo Pan.*
ATILIO DABINI: *Dos muertos en un automóvil.*
ATILIO DABINI: *El toro de Tusco.*
CELIA DONGHI HALPERIN: *En la noche oscura.*
CELIA DONGHI HALPERIN: *La casa de la ochava.*
FERNANDO DE ELIZALDE: *Dilapidadores de un pasado.*
WILLIAM FAULKNER (Premio Nobel): *Intruso en el polvo.*
WILLIAM FAULKNER (Premio Nobel): *Estos trece.*
WALDO FRANK: *Isla del Atlántico.*
WALDO FRANK: *Nunca acabará el verano.*
MANUEL GÁLVEZ: *Las dos vidas del pobre Napoleón.*
MANUEL GÁLVEZ: *Hombres en soledad.*
ANDRÉ GIDE (Premio Nobel): *Si la semilla no muere...*
ANDRÉ GIDE (Premio Nobel): *Et nunc manet in te.*
ANDRÉ GIDE (Premio Nobel): *Los alimentos terrestres. Los nuevos alimentos.*
WILLIAM GOLDING: *Caída inexorable.*
JUAN GOYANARTE: *Campo de hierros.*
ADELA GRONDONA: *El antepasado.*
EDUARDO GUDIÑO KIEFFER: *Para comerte mejor.*
BEATRIZ GUIDO: *La caída.*
BEATRIZ GUIDO: *Fin de fiesta.*
BEATRIZ GUIDO: *La mano en la trampa.*
BEATRIZ GUIDO: *El incendio y las vísperas.*
RICARDO GÜIRALDES: *Xaimaca.*
RICARDO GÜIRALDES: *Cuentos de muerte y de sangre.*
RICARDO GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra.*
LEOPOLDO HURTADO: *Esta noche concierto.*
ALDOUS HUXLEY: *Viejo muere el cisne.*
JORGE ICAZA: *Huasipungo.*
EUGENE IONESCO: *La foto del coronel.*
AMALIA JAMILIS: *Detrás de las columnas.*
ADOLFO JASCA: *Operación desamparo.*
ALICIA JURADO: *Leguas de polvo y sueño.*
ALICIA JURADO: *En soledad vivía.*
ALICIA JURADO: *Los rostros del engaño.*
FRANZ KAFKA: *El proceso.*
JACK KEROUAC: *El viajero solitario.*
JACK KEROUAC: *Los vagabundos del Dharma.*
JACK KEROUAC: *En el camino.*
BERNARDO KORDON: *Vagabundo en Tombuctú. Alias Gardelito.*
MANUEL LAMANA: *Otros hombres.*
MANUEL LAMANA: *Los inocentes.*
D. H. LAWRENCE: *La serpiente emplumada.*
CARLO LEVI: *Cristo se detuvo en Éboli.*
CARLO LEVI: *El reloj.*
LUISA MERCEDES LEVINSON: *La isla de los organilleros.*
LUISA MERCEDES LEVINSON: *Las tejedoras sin hombre.*
JORGELINA LOUBET: *La breve curva.*
JORGELINA LOUBET: *El biombo.*

JORGELINA LOUBET: *La complicidad.*
MARTA LYNCH: *Al vencedor.*
MARTA LYNCH: *La alfombra roja.*
OFELIA MACHADO BONET: *Un ángel de bolsillo.*
ALEJANDRO MAGRASSI: *La Caá Yari.*
EDUARDO MALLEA: *Chaves.*
JUAN JOSÉ MANAUTA: *Cuentos para una dueña dolorida.*
THOMAS MANN (Premio Nobel): *Carlota en Weimar.*
ISA MARI: *El infierno en la ciudad.*
ROGER MARTIN DU GARD (Premio Nobel): *Los Thibault.* I. *El cuaderno gris.* II. *El correccional.* III. *El buen tiempo.* IV. *La consulta.* V. *La Sorellina.* VI. *La muerte del padre.* VII. *El verano de 1914* (I). VIII. *El verano de 1914* (II). IX. *El verano de 1914* (III). X. Epílogo.
JORGE MASCIÁNGIOLI: *El último piso.*
FRANÇOIS MAURIAC: *El mal.*
FRANÇOIS MAURIAC: *Genitrix.*
MANUEL MEJÍA VALLEJO: *Al pie de la ciudad.*
MARÍA ESTHER DE MIGUEL: *Los que comimos a Solís.*
MARÍA ESTHER DE MIGUEL: *Calamares en su tinta.*
MARIANO MIKATS: *Las aventuras de Moritz Schwartz.*
HENRY MILLER: *Big Sur y las naranjas de Hieronymus Bosch.*
CÉSAR MIRÓ: *Fedra entre los vascos.*
FERNANDO MORAN LÓPEZ: *También se muere el mar.*
ALBERTO MORAVIA: *La romana.*
ALBERTO MORAVIA: *El amor conyugal.*
ALBERTO MORAVIA: *El desprecio.*
ALBERTO MORAVIA: *La noche de Don Juan.*
ALBERTO MORAVIA: *Cuentos romanos.*
ALBERTO MORAVIA: *La campesina.*
ALBERTO MORAVIA: *El aburrimiento.*
ALBERTO MORAVIA: *Los indiferentes.*
ALBERTO MORAVIA: *La atención.*
ALBERTO MORAVIA: *Nuevos cuentos romanos.*
ALBERTO MORAVIA: *El autómata.*
ALBERTO MORAVIA: *La epidemia.*
MARTA MOSQUERA: *Manuscrito en el espejo.*
SILVINA OCAMPO: *Las invitadas.*
JUAN OROPESA: *En perpetua fuga.*
MIGUEL OTERO SILVA: *Oficina nº 1.*
MIGUEL OTERO SILVA: *La muerte de Honorio.*
YAMBO OUOLOGUEM: *Deber de violencia.*
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO: *Hombres sin tiempo.*
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO: *La advertencia.*
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO: *El aire y los recuerdos.*
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO: *Los poderes omnímodos.*
ALFONSO PASO: *Sólo diecisiete años.*
LUIS PICO ESTRADA: *Unos cuantos días.*
VIRGILIO PIÑERA: *Cuentos fríos.*
GUIDO PIOVENE: *Los falsos redentores.*
SYRIA POLETTI: *Gente conmigo.*
SYRIA POLETTI: *Línea de fuego.*

VASCO PRATOLINI: *Crónica de los pobres amantes.*
VASCO PRATOLINI: *El barrio.*
VASCO PRATOLINI: *Metello.*
VASCO PRATOLINI: *Un héroe de nuestro tiempo.*
LIVIU REBREANU: *El bosque de los ahorcados.*
JOSÉ ANTONIO RIAL: *Jezabel.*
JOSÉ ANTONIO RIAL: *Venezuela imán.*
JOSÉ EUSTASIO RIVERA: *La vorágine.*
AUGUSTO ROA BASTOS: *El trueno entre las hojas.*
AUGUSTO ROA BASTOS: *Hijo de hombre.*
AUGUSTO ROA BASTOS: *El baldío.*
ALAIN ROBBE-GRILLET: *En el laberinto.*
EMMANUEL ROBLÉS: *Cara a la muerte.*
EMMANUEL ROBLÉS: *Esto se llama la aurora.*
CHRISTIANE ROCHEFORT: *El reposo del guerrero.*
CHRISTIANE ROCHEFORT: *Los niños del siglo.*
CHRISTIANE ROCHEFORT: *Céline y el matrimonio.*
CHRISTIANE ROCHEFORT: *Una rosa para Morrison.*
PABLO ROJAS PAZ: *Mármoles bajo la lluvia.*
JULES ROMAINS: *Los hombres de buena voluntad:* I. *El 6 de octubre.* II. *El crimen de Quinette.* III. *Los amores infantiles.* IV. *Eros de París.* V. *Los soberbios.* VI. *Los humildes.* VII. *En busca de una iglesia.* VIII. *Provincia.* IX. *Marea de peligros.* X. *Los poderes.* XI. *Apelación al abismo.* XII. *Los creadores.* XIII. *Misión en Roma.* XIV. *La bandera negra.* XV. *Preludio de Verdún.* XVI. *Verdún.* XVII. *Vorge contra Quinette.* XVIII. *La dulzura de la vida.* XIX. *Ese gran resplandor al este.* XX. *El mundo es tu aventura.* XXI. *Jornadas en la montaña.* XXII. *Los trabajos y los placeres.* XXIII. *El nacimiento de la banda.* XXIV. *Comparecencias.* XXV. *La alfombra mágica.* XXVI. *Francisca.* XXVII. *El 7 de octubre.*
MIHAIL SADOVEANU: *Historias para ser contadas.*
VICTOR SAIZ: *El banquete.*
ESTEBAN SALAZAR CHAPELA: *Desnudo en Piccadilly.*
NATHALIE SARRAUTE: *El planetarium.*
JEAN-PAUL SARTRE: *La náusea.*
JEAN-PAUL SARTRE: *Los caminos de la libertad:* I. *La edad de la razón* II. *El aplazamiento.* III. *La muerte en el alma.*
JEAN-PAUL SARTRE: *La suerte está echada. El engranaje.*
LUIS SASLAVSKY: *Camino para tres fantasmas.*
MUNDIN SCHAFTER: *La otra mejilla.*
ARTHUR SCHNITZLER: *Teresa.*
SEGUNDO SERRANO PONCELA: *La puesta de Capricornio.*
IGNACIO SILONE: *Un puñado de moras.*
CLARA SILVA: *Prohibido pasar.*
LUISA SOFOVICH: *Historias de ciervos.*
LUISA SOFOVICH: *El baile.*
JOSÉ STEVENSON: *Los años de la asfixia.*
ARTURO USLAR PIETRI: *El camino de El Dorado.*
ARTURO USLAR PIETRI: *Treinta hombres y sus sombras.*
ARTURO USLAR PIETRI: *Un retrato en la geografía.*
ARTURO USLAR PIETRI: *Estación de máscaras.*

FRANCISCO VALLE DE JUAN: *Aquí yace.*
BERNARDO VERBITSKY: *Una pequeña familia.*
BERNARDO VERBITSKY: *La tierra es azul.*
BORIS VIAN: *El otoño en Pekín.*
MARCOS VICTORIA: *Un verde paraíso.*
MARCOS VICTORIA: *María Rosa en primavera.*
MARCOS VICTORIA: *Novelas de la ciudad y del río.*
MARCOS VICTORIA: *Las uvas doradas del más allá.*
MARCOS VICTORIA: *Buenos Ayres City.*
MARÍA DE VILLARINO: *La rosa no debe morir.*
ELIO VITTORINI: *El Simplón guiña el ojo al Frejus.*